La conquista del ESPACIO

BOLSILIBROS BRUGUERA

¿SOMOS TERRESTRES?

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION





La conquista del ESPACIO

GLENN PARRISH

¿SOMOS TERRESTRES

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 653

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA,

S. A.

BARCELONA – BOGOTA - BUENOS AIRES – CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal B 101 - 1983
Impreso en España — Printed in Spain

1.ª edición en España: febrero, 1983

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

CAPITULO PRIMERO

Estaba tendido en el suelo, sobre el verde césped, a poca distancia de un arroyuelo que provenía de las distantes colinas y que bajaba saltando de peña en peña, hasta formar un remanso en las inmediaciones, una especie de estanque que más parecía un pequeño lago y en el que abundaban los peces de todas clases y tamaños, hasta llegar al metro de largo, aproximadamente.

Los peces eran muy mansos. A veces, cuando tenía hambre, cogía uno con la mano y lo asaba en el fuego, después de limpiarlo convenientemente. Pero por lo general la dieta era vegetariana, a base de los frutos que crecían pródigamente por todas partes, en árboles y arbustos que convertían aquella comarca en un vergel paradisíaco.

El sol brillaba en las alturas, en un cielo donde se veían algunas nubes blanquísimas, con formas muy variadas, en ocasiones con contornos que a Brooke Fax le recordaban las siluetas femeninas y le hacían sentir cierta nostalgia de algo que había perdido hacía ya algún tiempo.

Por otra parte, sin embargo, la vida en aquel lugar era maravillosa. No tenía que trabajar para nada, todo lo encontraba hecho y sus necesidades eran mínimas. Las variaciones de temperatura carecían de nocividad y, aunque en ocasiones llovía, Fax había encontrado una cueva abrigada a poca distancia en la que se refugiaba cuando el tiempo se volvía inclemente.

Agarró un tallo de hierba y se lo puso entre dientes para mordisquearlo. A treinta metros, divisó un manzano cargado de fruto. Las manzanas eran grandes como un puño y bastaba comerse un par de ellas para saciar el apetito.

A Fax, sin embargo, no le gustaban demasiado aquellas manzanas.

Resultaban demasiado dulces, demasiado empalagosas. Nunca había podido pasar del segundo bocado y prefería comer otros frutos menos

azucarados. Las uvas silvestres, por ejemplo, eran sabrosísimas. A veces había pensado en obtener mosto, hacerlo fermentar y así conseguir vino. Pero antes tendría que construir los recipientes adecuados y...

Por el momento, estaba gozando de la buena vida que se daba en Maxfel, el planeta en que se hallaba actualmente. No tenía ninguna prisa en construirse una vivienda, ni en cazar animales para obtener carne y pieles, ni tampoco quería construirse armas para la caza, ni pensaba en fabricar las herramientas más indispensables que podía necesitar un hombre en su situación.

Todo vendría más adelante, sin prisas. A fin de cuentas, estaba en Maxfel para el resto de sus días.

En ocasiones sentía cierta nostalgia de lo que había dejado atrás: familia, amigos, un buen empleo... Pero tampoco lo lamentaba demasiado. Sus amigos de la Tierra se sentirían maravillados si pudieran conocer cuál era realmente su situación actual.

En Maxfel, prácticamente no hacía más que comer y dormir. También, naturalmente, daba largos paseos a fin de evitar el enmohecimiento de sus músculos, pero por regla general no se alejaba demasiado de la zona que había elegido para vivir. Nunca se separaba lo suficiente para perder de vista las rumorosas cascadas del arroyuelo, que finalizaban en el remanso.

Quizás algún día se estableciese en otra parte, pero no tenía prisa.

Suspiró.

—¡Se está tan bien aquí! —dijo a media voz, sin poderse contener.

Por un momento rememoró las circunstancias que le habían llevado hasta aquel planeta, que era el paraíso terrenal, tal como solía describirse en las historias. Pero antes de que tuviera tiempo de reflexionar sobre las circunstancias que habían motivado su viaje a Maxfel, vio brillar un chispazo en el cielo.

Un aparato se hizo visible a los pocos momentos. Asombrado, Fax se sentó en el suelo y contempló con ojos llenos de extrañeza el descenso de lo que sin duda, era una nave espacial.

Era imposible, se dijo, y sin embargo, la tenía allí, ante sus ojos, disponiéndose a aterrizar a menos de veinte pasos de distancia. Y a juzgar por su forma y las extrañas insignias que veía en uno de sus costados, no era una nave terrestre.

El aparato se estabilizó a un metro del suelo. Cuatro patas, terminadas en sendas plataformas circulares de dos metros de diámetro, surgieron de su vientre y se posaron sobre la hierba.

Se abrió una escotilla. Una pequeña escalera de seis peldaños se desplegó automáticamente. Y alguien apareció en el umbral de la escotilla.

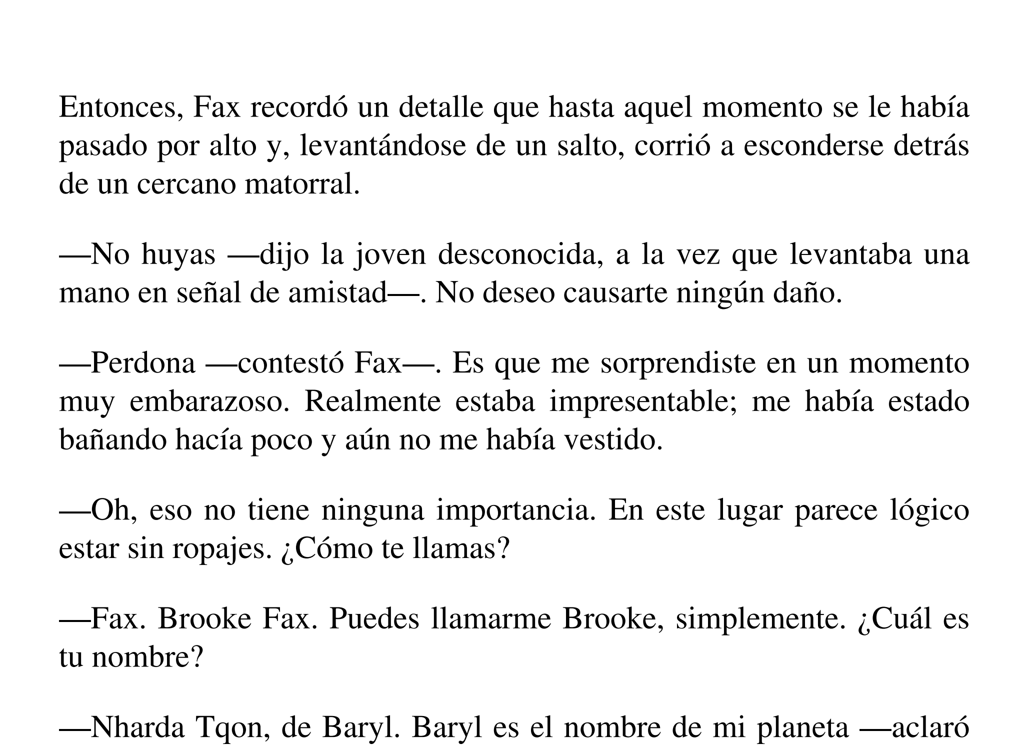
Una mujer.

Fax sintió que se le caía la mandíbula inferior.

Decididamente, la nave no era terrestre. En tal caso la mujer tampoco había nacido en la Tierra.

Ella era muy alta, sumamente esbelta y de cabellos rubios, largos y sedosos. Vestía una extraña indumentaria, que consistía en una especie de chaquetilla plateada, de manga muy corta, con escote amplio, redondo, cuyo borde inferior quedaba a unos centímetros por encima de su cintura. El resto de su atavío consistía en unos pantaloncitos muy ajustados, cortos, sujetos por un ancho cinturón de un material que parecía cuero y de color negro, enlazado por una enorme hebilla dorada, con unos extraños relieves de singular belleza.

Era joven, calculó Fax, pues no tendría aún veinticinco años. Al cabo de unos segundos ella descendió lentamente por la escalerilla. Fax pudo ver también unas piernas preciosas, calzados los pies por unas botas de color rojo vivo, con medio tacón, cuya caña llegaba casi hasta la rodilla.



Entonces, Fax recordó un detalle que hasta aquel momento se le había pasado por alto y, levantándose de un salto, corrió a esconderse detrás de un cercano matorral.

—No huyas —dijo la joven desconocida, a la vez que levantaba una mano en señal de amistad—. No deseo causarte ningún daño.

—Perdona —contestó Fax—. Es que me sorprendiste en un momento muy embarazoso. Realmente estaba impresentable; me había estado bañando hacía poco y aún no me había vestido.

—Oh, eso no tiene ninguna importancia. En este lugar parece lógico estar sin ropajes. ¿Cómo te llamas?

—Fax. Brooke Fax. Puedes llamarme Brooke, simplemente. ¿Cuál es tu nombre?

—Nharda Tqon, de Baryl. Baryl es el nombre de mi planeta —aclaró ella.

—Ah... No lo había oído nombrar nunca.

Fax terminó de ponerse los pantalones, que días atrás había recortado dejándolos por encima de las rodillas, y abandonó el matorral.

—Bueno, ya estoy con apariencia más decorosa —sonrió—. Nharda, ¿puedo servirte en algo?

—Sí. Precisamente he aterrizado aquí porque mis sensores captaron presencia humana. Entonces resolví descender para ver si alguien podía ayudarme a solucionar un pequeño problema que se me ha planteado.

—Estoy a tu disposición —dijo Fax—. ¿Cuál es el problema?

Entonces Nharda le hizo la pregunta más extraña que Fax había soñado oír siquiera de sus labios:

—Brooke, ¿puedes indicarme cuál es el camino para ir a la Tierra?

* * *

Nuevamente sintió Fax que se le aflojaba la mandíbula inferior. Durante unos segundos se quedó mirando a la joven con ojos incrédulos, como si no se sintiera muy seguro de lo que acababa de escuchar.

Allí, delante de él, tenía a una mujer que llegaba pilotando una nave dotada sin duda de los más perfectos instrumentos de navegación, sin contar los sistemas de propulsión, que debían de ser de una clase ni siquiera imaginada por los mejores científicos terrestres y que, sin embargo, le estaba preguntando cuál era la ruta que le permitiría llegar a la Tierra.

—Vamos, como si estuviese en el campo y alguien me preguntase por el camino para llegar a la aldea próxima, a seis o siete kilómetros de distancia —murmuró entre dientes.

—¿Decías? —preguntó Nharda.

—Oh, no, nada —contestó Fax sonriendo—. Bueno... —Se rascó la nuca—. Para ir a la Tierra, Nharda, la verdad es que no lo sé.

—¿Cómo? ¿No conoces la ruta que se debe seguir para llegar a ese planeta? Entonces, ¿cómo has llegado aquí?

—Me trajeron, y no precisamente por mi voluntad.

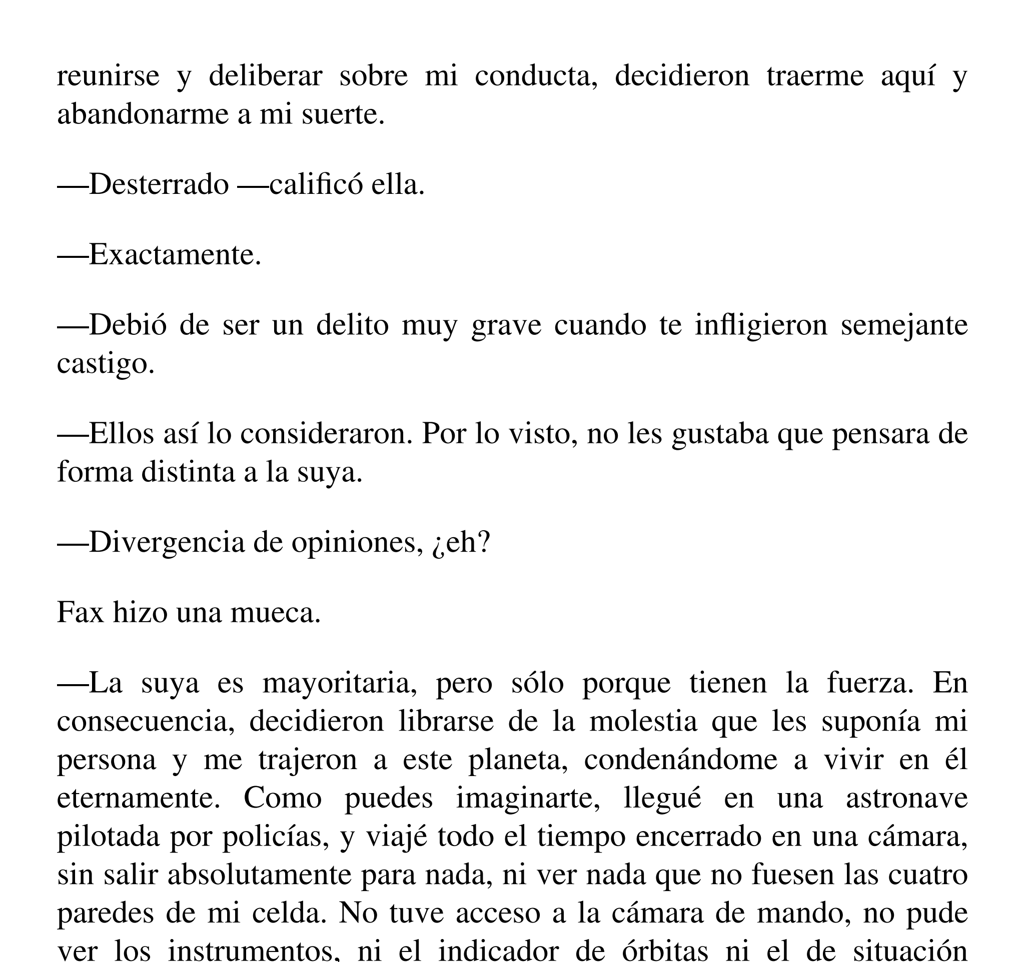
Un inmenso asombro se reflejó en el hermoso rostro de la joven.

—¿Quieres decir que te secuestraron y te abandonaron aquí? —exclamó.

—Así es, aunque el secuestro fue legal.

—No entiendo...

—Verás, mi comportamiento empezó a resultar molesto para una serie de personas que podríamos calificar de alto nivel social, y. después de



reunirse y deliberar sobre mi conducta, decidieron traerme aquí y abandonarme a mi suerte.

—Desterrado —calificó ella.

—Exactamente.

—Debió de ser un delito muy grave cuando te infligieron semejante castigo.

—Ellos así lo consideraron. Por lo visto, no les gustaba que pensara de forma distinta a la suya.

—Divergencia de opiniones, ¿eh?

Fax hizo una mueca.

—La suya es mayoritaria, pero sólo porque tienen la fuerza. En consecuencia, decidieron librarse de la molestia que les suponía mi persona y me trajeron a este planeta, condenándome a vivir en él eternamente. Como puedes imaginarte, llegué en una astronave pilotada por policías, y viajé todo el tiempo encerrado en una cámara, sin salir absolutamente para nada, ni ver nada que no fuesen las cuatro paredes de mi celda. No tuve acceso a la cámara de mando, no pude ver los instrumentos, ni el indicador de órbitas ni el de situación estelar. Lo siento, Nharda; sé que estoy donde estoy, pero ignoro dónde está la Tierra, ni cuál es la órbita que se debe seguir para volver allí, ni tampoco la distancia que hay desde Maxfel al planeta que buscas. Que es el mío, como has podido apreciar —finalizó el joven su parrafada.

Ella hizo un gesto de desaliento.

—Me siento consternada —declaró—. A decir verdad, estoy perdida y no sé qué ruta tomar.

—Nharda, perdona, pero yo supongo que en tu nave debes de contar con instrumentos perfectísimos que te permitan una navegación sin

problemas por el espacio. ¿Cómo es posible, en tal caso, que no sepas encontrar el camino hacia la Tierra?

—Tengo averiado el marcador automático de órbitas y no sé cómo repararlo —respondió la joven.

Fax meneó la cabeza.

—Lo siento, yo no entiendo en absoluto de mecánica. Para mí, todo lo que pase de utilizar un martillo para hincar un clavo en una madera o partir un tronco con una sierra o un hacha, es chino.

—¿Qué es chino, Brooke?

El joven ocultó una sonrisa.

—En la Tierra se dice cuando se quiere calificar algo de muy difícil —respondió—. Pero puedes regresar a tu planeta y pedir allí que te arreglen la avería.

Nharda puso cara de disgusto.

—No me agradaría volver sin haber conseguido mis propósitos —respondió.

—¿A qué te refieres? —preguntó Fax.

—Bueno, yo viajaba a la Tierra para... ¿Te importa que guarde silencio, por ahora?

—Estás en tu derecho y yo no voy a obligarte a que hables, si no lo deseas —contestó el joven—, Pero si no puedes viajar a la Tierra, mucho me temo que habrás de volver a Baryl. A fin de cuentas la culpa de la avería no es tuya, sino del constructor, que no supo hacer un aparato que diese un buen resultado.

—Espero que sepan verlo así —suspiró Nharda—. Brooke, ¿tú te quedas en Maxfel?

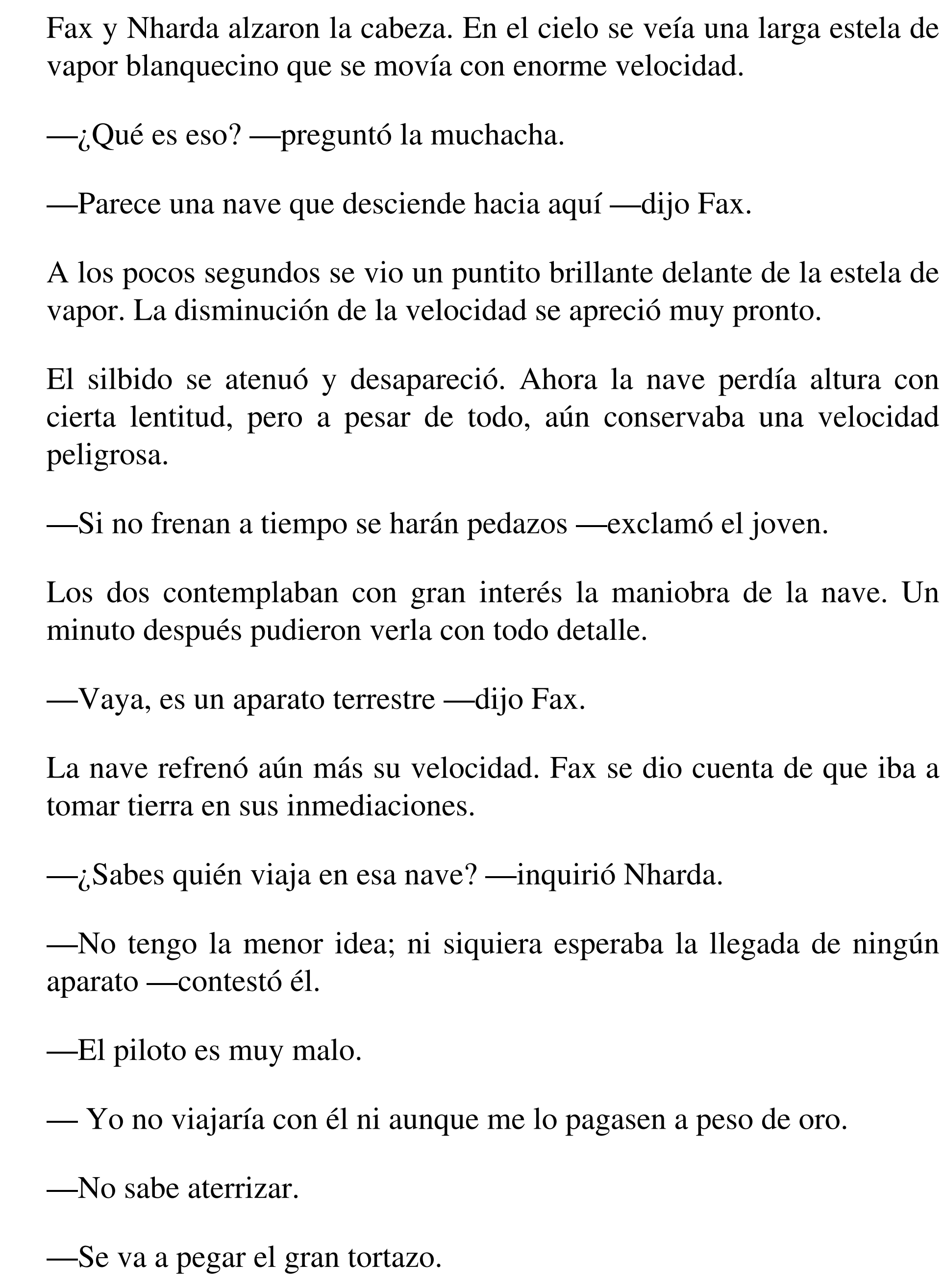
Fax meditó unos instantes. Prácticamente, Nharda le invitaba a viajar con ella hasta su planeta. En Maxfel se vivía muy bien, maravillosamente, pero presentía que algún día podría hartarse de una existencia absolutamente fácil, en un mundo donde se podía vivir sin el menor esfuerzo, sin trabajar nada.

Pero tal vez con el tiempo, aquella clase de vida se le haría terriblemente monótona, una existencia carente en absoluto de alicientes, sin perspectivas de ninguna clase. Quizás era éste el tormento deseado por sus juzgadores al condenarla a destierro perpetuo en Maxfel.

Abrió la boca. Pediría a Nharda que lo llevase con ella...

Pero no tuvo tiempo de pronunciar una sola palabra.

Un agudo silbido rompió el momentáneo silencio en que habían caído los dos jóvenes.



CAPITULO II

Fax y Nharda alzaron la cabeza. En el cielo se veía una larga estela de vapor blanquecino que se movía con enorme velocidad.

—¿Qué es eso? —preguntó la muchacha.

—Parece una nave que desciende hacia aquí —dijo Fax.

A los pocos segundos se vio un puntito brillante delante de la estela de vapor. La disminución de la velocidad se apreció muy pronto.

El silbido se atenuó y desapareció. Ahora la nave perdía altura con cierta lentitud, pero a pesar de todo, aún conservaba una velocidad peligrosa.

—Si no frenan a tiempo se harán pedazos —exclamó el joven.

Los dos contemplaban con gran interés la maniobra de la nave. Un minuto después pudieron verla con todo detalle.

—Vaya, es un aparato terrestre —dijo Fax.

La nave refrenó aún más su velocidad. Fax se dio cuenta de que iba a tomar tierra en sus inmediaciones.

—¿Sabes quién viaja en esa nave? —inquirió Nharda.

—No tengo la menor idea; ni siquiera esperaba la llegada de ningún aparato —contestó él.

—El piloto es muy malo.

— Yo no viajaría con él ni aunque me lo pagasen a peso de oro.

—No sabe aterrizar.

—Se va a pegar el gran tortazo.

En el último instante la nave frenó en seco, de tal forma que dio una vuelta completa sobre sí misma. Luego chocó contra el suelo, aunque por fortuna sin gran violencia.

El aterrizaje se había producido a unos doscientos metros escasos del lugar en que se hallaba la pareja. Fax y la muchacha permanecieron unos segundos indecisos.

—Tendríamos que ayudarles —dijo ella al cabo.

—Sí, podemos echarles una mano —convino Fax.

Empezaron a correr al mismo tiempo, justo cuando se abría una escotilla lateral en la nave recién llegada. Cuatro hombres, aturdidos y desconcertados, salieron sucesivamente del interior.

—¡Eh, amigos! —gritó Fax.

La llamada del joven pareció obrar como un revulsivo en los recién llegados. Fax se dio cuenta de que los cuatro desconocidos no se habían percatado todavía de su presencia.

De repente, uno de ellos sacó una pistola y les apuntó amenazadoramente.

—¡No sigan! —ordenó—. ¡Quédense donde están o dispararé a matar!

Fax agarró a la joven por un brazo y la hizo detenerse. Nharda se sentía estupefacta.

—¿Por qué nos amenazan, Brooke?

—No lo sé, aunque tengo la impresión de que esos tipos no figuran precisamente entre las personas decentes —contestó Fax con el ceño fruncido.

Los recién llegados parecían haberse recuperado y cuchicheaban entre sí. Como si celebrasen una conferencia sobre algún tema importante. El hombre de la pistola continuaba encañonándoles, sin perderles de

vista un instante.

Pasados algunos minutos dos de los sujetos entraron en la nave y volvieron a salir, cargados con dos sacos de tela que parecían llenos de algo que Fax no se sintió capaz de adivinar qué era. Otro de los hombres sacó también una pistola.

El primero se acercó a la pareja y les miró fijamente durante un segundo.

—Lo siento, no queremos hacerles ningún daño, pero vamos a llevarnos su nave —dijo al cabo.

—¡No! —gritó Nharda—. ¡Ustedes no pueden hacer eso!

—Hermosa —sonrió el individuo—, tenemos cuatro pistolas capaces de reducir a cenizas un batallón entero. ¿Tienes tú algo que pueda oponerse con eficacia?

Nharda se mordió los labios.

—Pero... Está bien, no me queda otro remedio que ceder.

—Gracias, guapa, sabría que lo entenderías. De todos modos, no quiero que digas que somos unos sinvergüenzas.

El sujeto se volvió hacia sus amigos, que ya se acercaban a la pareja.

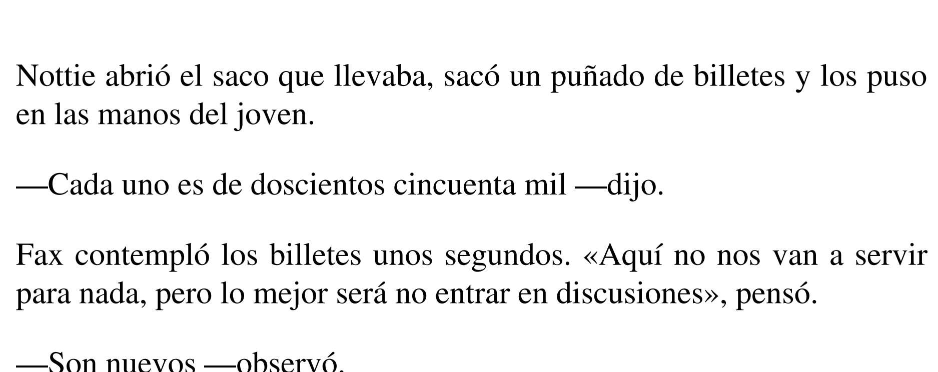
—¡Eh, Nottie, saca unos cuantos billetes y págales la nave a estos buenos chicos! —exclamó.

—¿Cuánto, Barry? —preguntó el aludido.

—Oh, con una docenita habrá suficiente.

—Está bien, como tú digas.

Fax entornó los ojos. Ahora ya podía suponer quiénes eran aquellos cuatro sujetos.



Nottie abrió el saco que llevaba, sacó un puñado de billetes y los puso en las manos del joven.

—Cada uno es de doscientos cincuenta mil —dijo.

Fax contempló los billetes unos segundos. «Aquí no nos van a servir para nada, pero lo mejor será no entrar en discusiones», pensó.

—Son nuevos —observó.

—Recién salidos de la imprenta —rió Barry—. Es moneda T-G. ¿Sabe lo que significan esas iniciales?

—Moneda terrestre-galáctica.

—Exacto. Es dinero que sirve en cualquier planeta, emitido por el Banco Central de la Tierra —confirmó Barry—. En cualquier planeta admitirán esos billetes sin hacer preguntas; todo lo contrario, se sentirán muy contentos de recibir esa clase de dinero.

—Sí, me lo imagino. —«Pero en Maxfel no hay sitios donde gastar estos billetes», pensó el joven—. Permítanme, ¿cuánto llevan en los sacos?

Nottie lanzó una gran risotada.

—Unos cuarenta fajos, de cien billetes cada uno —contestó.

Uno de los sujetos se acercó a Barry, que parecía capitanear la banda.

—Sería conveniente que nos largásemos cuanto antes —dijo—. El «petardo» explotará dentro de un minuto.

—Ah. sí, es cierto. Bueno, amigos, lo sentimos muchísimo, pero tenemos que marcharnos. La policía nos pisa los talones, compréndanlo —se despidió Barry.

Los otros entraban ya en la nave de Nharda. Ella tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Se llevan el mejor aparato del mundo —gimió.

Desde la escotilla, Barry agitó una mano y gritó:

—¡Aléjense! Hemos puesto una bomba para destruir nuestra nave y estallará antes de un minuto.

Fax se dijo que no debía perder tiempo y agarró la mano de la muchacha.

—¡Ven, corre!

Nharda echó a correr también. Apenas se habían alejado dos centenares de metros, se oyó una violenta explosión.

Fax se volvió. La nave no había resultado destruida, pero estaba envuelta en llamas y humo.

—Ahora es un trasto inservible —murmuró.

Levantó la vista al cielo. La astronave de Nharda había desaparecido ya en las alturas.

Luego, tristemente, contempló el puñado de billetes que habían recibido como pago por algo que Nharda había calificado como la mejor nave del mundo.

Hizo un rápido cálculo.

—Cuarenta fajos, a cien billetes, cuatrocientos billetes de doscientos cincuenta mil... ¡Jesús, esos miserables han robado nada menos que cien millones de unidades de moneda T-G!

Nharda no hizo el menor comentario. Fax oyó un extraño sonido.

Volvió la cabeza y ocultó una sonrisa, aunque comprendía muy bien la situación de la muchacha.

Sentada en el suelo, Nharda lloraba a lágrima viva.

* * *

Una negruzca humareda subía a lo alto casi verticalmente y luego era arrastrada por una leve brisa. Fax se dijo que todavía pasaría mucho tiempo antes de que pudieran acercar se a la nave de los ladrones.

Resultaba evidente que Barry y sus compinches habían asaltado algún transporte de moneda. Posiblemente inexpertos en el manejo de la astronave, la habían averiado de tal modo que resultaba irreparable. Pero la fortuna les había sonreído al aterrizar en las inmediaciones de otra nave, muy superior a la que ellos habían utilizado hasta entonces, pese a la avería señalada por Nharda.

Al cabo de unos momentos, Nharda dejó de llorar y alzó sus hermosos ojos hacia el joven.

—Brooke, ¿qué vamos a hacer ahora?

—¿No tienes ningún medio de avisar a tu gente?

Ella hizo un gesto negativo. De pronto echó mano a su cinturón.

—Oh, me lo dejé en la nave.

—¿Qué era. Nharda?

—Un aparato que... Pero no vale la pena mencionarlo. Si no lo tengo puedo considerarme tan desterrada como tú en Maxfel.

—Es decir, te darán por perdida.

Nharda hizo un gesto afirmativo.

—Tal vez dentro de algún tiempo alguien irá a la Tierra, me buscará, no me encontrará, regresará a Baryl y dirá que

me he perdido o que acaso mi nave fue a parar a algún sol o se estrelló contra la superficie de algún planeta.

—Y te borrarán del censo de los barylitas.

—Seguramente. —Nharda suspiró—. Brooke, ¿no hay posibilidades de salir de Maxfel?

Fax movió lentamente la cabeza.

—Ninguna —contestó—. Todos los que estamos aquí hemos sido traídos para vivir en este planeta durante el resto de nuestros días.

Nharda hizo un esfuerzo y se puso en pie.

Miró a su alrededor.

—No está tan mal —dijo al cabo.

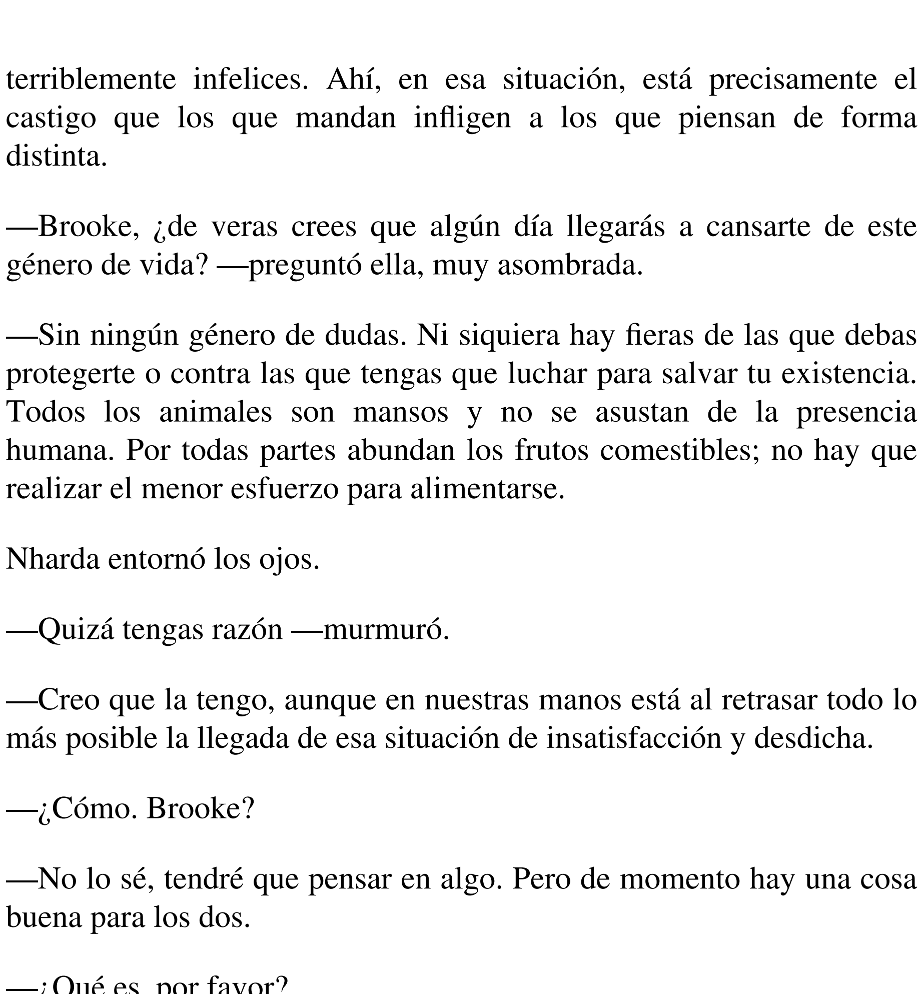
—A decir verdad, se vive maravillosamente bien, pero me temo que a la larga el destierro se convierta en un infierno.

—¿Qué quieres decir, Brooke? —se extrañó la muchacha.

—Mira a tu alrededor: todo es bello, hermoso; un lugar paradisíaco donde nada falta y en el que uno encuentra todo lo que puede necesitar, sin más que alargar la mano. El clima es maravilloso y, como viste a tu llegada, se puede vivir en completa desnudez. Pero, ¿qué sucederá al cabo de un tiempo? ¿No te lo imaginas?

—No tengo la menor idea, pero si se vive tan bien no hay motivos para lamentarse, creo.

—Estás en un error, Nharda. Yo lo he descubierto hoy mismo, después de haber sido traído aquí, como castigo por haber pensado de forma distinta a otras personas. El ser humano necesita algo más que vivir como los ángeles, en estado casi puro. Necesita luchar por la existencia, hacer algo, trabajar, realizar alguna actividad... Aunque no me guste reconocerlo, inexorablemente llegará el momento en que nos sentiremos hastiados de este paraíso y entonces llegará la infelicidad y la desgracia que se adueñará de nuestros ánimos, y seremos



terriblemente infelices. Ahí, en esa situación, está precisamente el castigo que los que mandan infligen a los que piensan de forma distinta.

—Brooke, ¿de veras crees que algún día llegarás a cansarte de este género de vida? —preguntó ella, muy asombrada.

—Sin ningún género de dudas. Ni siquiera hay fieras de las que debas protegerte o contra las que tengas que luchar para salvar tu existencia. Todos los animales son mansos y no se asustan de la presencia humana. Por todas partes abundan los frutos comestibles; no hay que realizar el menor esfuerzo para alimentarse.

Nharda entornó los ojos.

—Quizá tengas razón —murmuró.

—Creo que la tengo, aunque en nuestras manos está al retrasar todo lo más posible la llegada de esa situación de insatisfacción y desdicha.

—¿Cómo. Brooke?

—No lo sé, tendré que pensar en algo. Pero de momento hay una cosa buena para los dos.

—¿Qué es, por favor?

— Ya no estamos solos. Ambos tenemos compañía.

Nharda sonrió.

—En medio de todo no deja de ser un consuelo —admitió—. Bien, yo me he quedado sin nave, pero me parece que deberíamos empezar a hacer algo. Por ejemplo, trazar planes para nuestro futuro en Maxfel. ¿Qué te parece?

Fax se frotó el mentón.

—Lo primero que tendríamos que hacer es fabricar alguna herramienta

cortante. La única que tenemos son mis manos. Ah. y esta lupa.

Fax sacó del bolsillo trasero de sus pantalones un disco lenticular, completamente transparente.

—Me la dieron al abandonarme en Maxfel —añadió—. Con esta lupa puedo concentrar los rayos solares y encender fuego. —Miró a la nave que todavía humeaba—. Cuando se haya enfriado, encontraremos trozos de metal que podrán servirnos para fabricar herramientas —añadió.

—La verdad, yo no soy lo que se dice muy experta en trabajos manuales, pero te ayudaré en la medida de mis posibilidades —dijo Nharda, sonriendo con expresión algo más optimista.

—Mientras tanto, ¿no te apetecería comer un poco? —pro puso Fax—. Veo allí un árbol que da unas manzanas realmente exquisitas. A mí no' me gustan mucho; son realmente empalagosas, pero si tú tienes hambre...

Nharda no contestó. Fax se dio cuenta de que tenía la vista fija en un punto situado a sus espaldas.

—Viene alguien —dijo ella.

El joven se volvió. A unos doscientos metros de distancia se divisaban las figuras de dos personas que se acercaban a aquel lugar con paso no demasiado firme.

CAPITULO III

—Bueno —dijo el joven—, si vienen dos, seremos cuatro y podremos desenvolvernos mejor.

Aunque quizá, pensó, podrían producirse fricciones y conflictos en el futuro.

Nharda era una joven de indescriptible belleza. ¿Qué pasaría más adelante si los instintos, como parecía lógico, empezaban a desatarse?

Al cabo de unos segundos. Fax pudo distinguir más detalles de las dos personas que se acercaban y vio algo que le tranquilizó considerablemente.

—Hombre y mujer —dijo.

—Una pareja —sonrió Nharda.

-Sí.

—¿Hay muchos desterrados en Maxfel?

—Lo ignoro. Eso es algo que no me dijeron los policías que me trajeron hasta aquí. Sí hablaron de que no era el único, pero no dieron más detalles sobre el particular.

—Bueno, quizás esos recién llegados puedan informarnos mejor de la situación, 6no te parece?

—Eso espero. —Fax se tiró del labio inferior—. En la Tierra, desde luego, es un secreto a voces que los disidentes son enviados a este planeta. Pero no es algo que se comente en público, ni tampoco se menciona en los periódicos o la televisión.

—Brooke, según puedo apreciar, los terrestres tenéis un gobierno que no es precisamente un dechado de virtudes y de bondad —comentó ella.

—Puedes tenerlo por seguro. Aparentan ser buenos y virtuosos, pero en realidad son unos tiranos, que no soportan la menor crítica a su actuación. Han establecido un sistema político que no tiene precedentes en la historia del planeta, y todo aquel que se siente disconforme, es apartado de la circulación sin el menor escrúpulo.

—Como por ejemplo tú.

Fax entornó los ojos.

—En mi caso sospecho que hubo algo más que política —respondió —. Pero ya te contaré en otro momento. Ahora vamos .a recibir a esos buenos amigos y compañeros de infortunio.

El joven dio unos pasos hacia adelante. De pronto se detuvo y lanzó una exclamación:

—¡Pero si los conozco! ¡Si eran unos buenos amigos...!

Los recién llegados estaban ya a menos de veinte metros de distancia. Súbitamente, Nharda captó algo en sus rostros que le hizo sentir un escalofrío de terror.

* * *

Fax no se había percatado aún de nada y corría hacia sus amigos, gritando sus nombres a pleno pulmón:

—¡Norman Daroo! ¡Olivia Hanloth! ¿No me reconocéis? ¡Soy Brooke Fax! Amigos, qué alegría siento al veros.

Ni el hombre ni la mujer parecieron dar muestras de haber oído a Fax. Ambos tenían la mirada ausente y daban la sensación de haber sufrido un grave daño psíquico.

—Vamos, muchachos, decidme algo —pidió Fax, todavía exultante de alegría—. Hace tiempo que no nos veíamos; pero ¡caramba!, no ha pasado un siglo y yo no he cambiado tanto de aspecto...

El joven se interrumpió repentinamente.

Ni Daroo ni Olivia daban señales de reconocerle. Fax vio unos rostros descoloridos, unos ojos sin brillo... Los rostros ofrecían una expresión idiotizada que producía verdadero horror.

—Dios mío, ¿qué os ha pasado? —murmuró—. ¿Por qué estáis así?

Repentinamente, la mujer, que debía de haber sido muy hermosa tiempo atrás, lanzó un agudo grito, a la vez que tendía una mano hacia adelante.

—¡Mira, Norman! ¡MANZANAS!

—Manzanas —repitió Daroo.

Casi en el acto, parecieron salir de su actitud de total ausencia a cuanto les rodeaba, y echaron a correr hacia el manzano, pasando junto a Fax sin dar muestras siquiera de haberle reconocido.

El joven se sentía anonadado, porque no comprendía en absoluto lo que sucedía. Al volverse vio a sus amigos ya bajo el manzano, apoderándose de los frutos con ambas manos. Luego contempló algo peor.

Daroo y Olivia comían las manzanas con verdadera ansia, mordiéndolas como si hubieran estado una semana sin alimentarse. El zumo resbalaba por las comisuras de sus labios y caía sobre sus cuellos y sus pechos. Los ojos les brillaban de una forma extraña.

Nharda se acercó al joven con rostro aprensivo. —Brooke, ¿qué les sucede? ¿Por qué se comportan de semejante manera, comiendo como si fuesen bestias hambrientas?

—No lo sé —contestó el joven—. De verdad que no lo entiendo en absoluto. Norman y Olivia eran unos buenos amigos, alegres y optimistas, llenos de confianza en el futuro, pero también personas sensatas y mesuradas. Ahora estoy viendo lo que tú dices: unas bestias

en las que sólo existe-el ansia de alimentarse.

—¿También los desterraron por actuar contra el gobierno?

—Sí, pedían un sistema más justo. Pero, ¿qué importa eso ahora?

Transcurridos unos minutos, los recién llegados, que continuaban completamente ajenos a cuanto les rodeaba se tendieron en el suelo y se pusieron a dormir.

Aun sin entender del todo lo que sucedía, Fax no pudo por menos que sentir una infinita compasión por sus amigos.

Norman y Olivia, ahítos de fruta, dormían ahora como troncos.

—Es curioso —observó Fax—. Ellos se han hartado de manzanas. A mí, en cambio, al segundo bocado ya me siento más que satisfecho.

— Yo no las he probado aún —dijo Nharda—, ¿Son tan buenas como parece?

—Muy dulces, incluso excesivamente. A mí me resultan empalagosas; por eso ya no las pruebo siquiera.

—A ellos les gustaban, Brooke.

—Sí, eso hemos visto. ¿Tienes hambre?

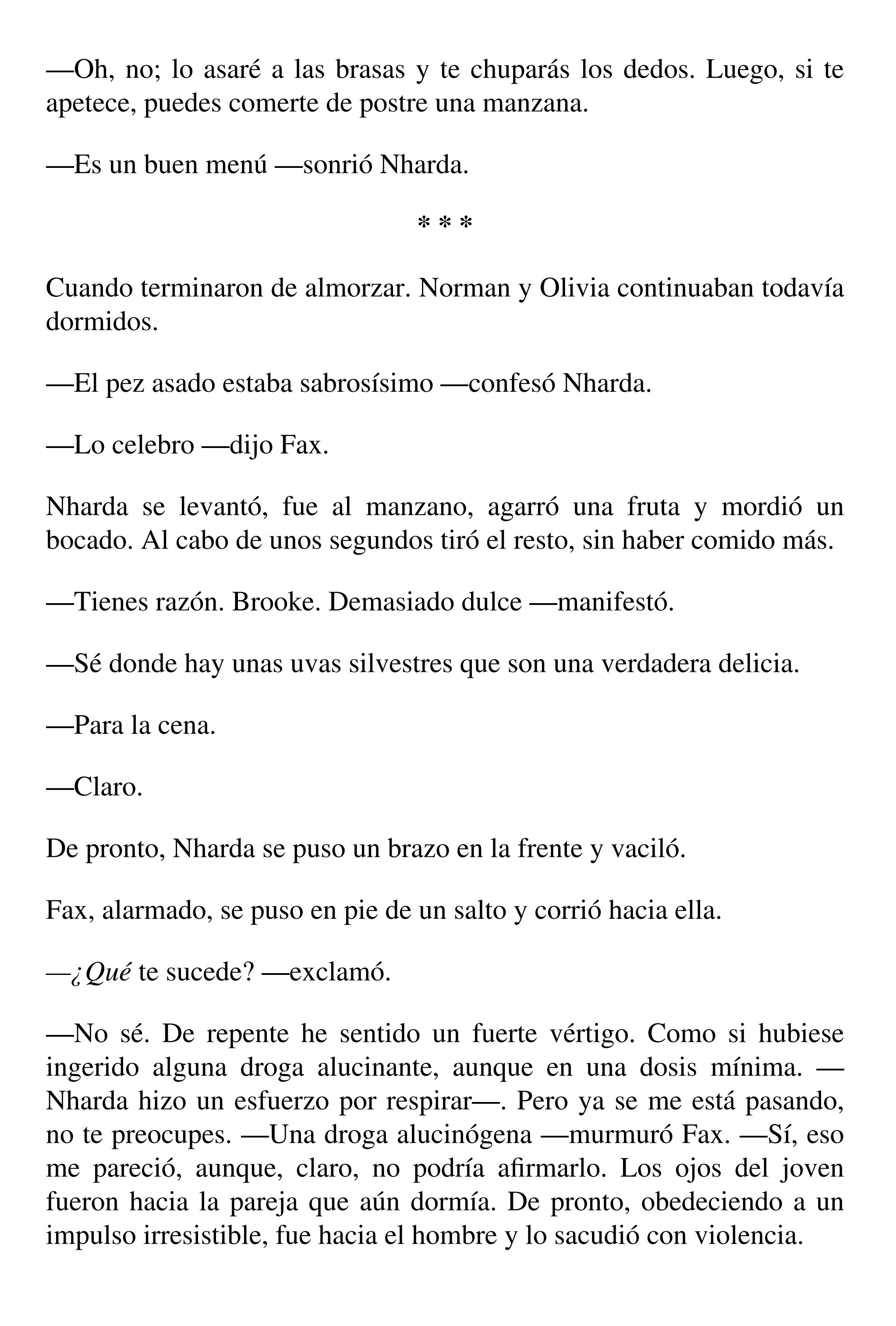
Nharda hizo un gesto ambiguo.

—Puedo esperar —repuso—. Sin embargo, me gustaría darme un baño.

—El remanso está ahí —indicó él—. Pero aguarda un momento; voy a ver si capturo un buen pez para el almuerzo.

—¿Lo comes crudo?

Fax se echó a reír.



—Oh, no; lo asaré a las brasas y te chuparás los dedos. Luego, si te apetece, puedes comerte de postre una manzana.

—Es un buen menú —sonrió Nharda.

* * *

Cuando terminaron de almorzar. Norman y Olivia continuaban todavía dormidos.

—El pez asado estaba sabrosísimo —confesó Nharda.

—Lo celebro —dijo Fax.

Nharda se levantó, fue al manzano, agarró una fruta y mordió un bocado. Al cabo de unos segundos tiró el resto, sin haber comido más.

—Tienes razón. Brooke. Demasiado dulce —manifestó.

—Sé donde hay unas uvas silvestres que son una verdadera delicia.

—Para la cena.

—Claro.

De pronto, Nharda se puso un brazo en la frente y vaciló.

Fax, alarmado, se puso en pie de un salto y corrió hacia ella.

—*¿Qué* te sucede? —exclamó.

—No sé. De repente he sentido un fuerte vértigo. Como si hubiese ingerido alguna droga alucinante, aunque en una dosis mínima. —Nharda hizo un esfuerzo por respirar—. Pero ya se me está pasando, no te preocupes. —Una droga alucinógena —murmuró Fax. —Sí, eso me pareció, aunque, claro, no podría afirmarlo. Los ojos del joven fueron hacia la pareja que aún dormía. De pronto, obedeciendo a un impulso irresistible, fue hacia el hombre y lo sacudió con violencia.

—¡Despierta, Norman! Abre los ojos, maldita sea. ¡Contéstame, soy tu amigo Brooke Fax! ¿Es que no me oyes? Daroo abrió un poco los ojos y sonrió estúpidamente. —Dame... otra manzana.

Había a pocos pasos los restos de una manzana, consumida en parte, y Daroo se arrastró para devorar aquella fruta, con la misma avidez que a su llegada.

—Olivia... —tartajeó—. Nos quedaremos aquí... Hay manzanas para un mes...

Fax, aterrado, retrocedió.

—Creo que comprendo —dijo a media voz.

—¿Sí? —murmuró Nharda.

—Tú has comido manzana y te pareció haber ingerido una droga que te causaba alucinaciones.

—En efecto, así es. Nunca me había pasado antes nada igual, Brooke.

—¿Hay manzanas en Baryl?

—Bueno, tenemos muchas clases de fruta. Pero manzanas, al menos con este aspecto, no, desde luego.

—Es decir, hasta hoy tú no habías probado una manzana. —No, jamás —respondió ella con voz firme. —Eso lo explica todo. A fin de cuentas, yo en la Tierra he tomado manzanas de postre en muchas ocasiones, y también, a veces, en ayunas. Es decir, en cierto modo estoy inmunizado, aparte de que el sabor de éstas me resulta demasiado empalagoso. Pero las manzanas de Maxfel contienen una droga que actuó en tu mente, aunque por fortuna sólo durante breves instantes.

—¿Adonde quieres ir a parar, Brooke?

La mirada del joven se hizo dura, llena de un rencor como nunca había

sentido hasta entonces.

—Es una sentencia diabólica, infernalmente sádica —dijo—. Ellos saben lo que sucede en este paraíso y nos condenan, no a que vivamos en un lugar de máxima felicidad, sino a morir lentamente, de una forma que resulte irremediable. Drogados, en una palabra.

De pronto, lanzó una amarga carcajada.

—Ahora sé lo que significa el nombre de este planeta maldito. Maxfel: «máxima felicidad». No vierten una gota de sangre, no se manchan las manos con la muerte de sus enemigos... pero nos condenan a morir de la forma más horrible que uno pueda imaginarse.

—El que come manzanas se intoxica y ya no tiene recuperación posible —adivinó Nharda.

—Sí, eso tiene que ser. La persona que se ha hecho adicta a una droga ya no puede evitar la dependencia, que le convierte en un ser ávido únicamente de ingerir la sustancia que le mata lentamente. Norman y Olivia comieron una manzana, les gustó, repitieron y poco a poco la droga fue adueñándose de su organismo, hasta el punto de que ya no pueden vivir sin ella.

—Espantoso —calificó la muchacha—. ¿No podríamos hacer algo por esos desdichados?

Fax movió la cabeza negativamente.

—Nada —contestó—. Si les prohibiésemos comer la fruta de este manzano buscarían otro. Abundan muchísimo en Maxfel, ¿sabes?

—Brooke, se me está ocurriendo una cosa —manifestó ella de pronto.

— Dime, Nharda.

—Las otras frutas... Antes dijiste que había uvas.

—Sí, muy sabrosas.

—¿Contienen también drogas?

Fax meditó unos instantes.

—No —dijo al cabo—. No lo creo, porque en caso contrario yo estarla en la misma situación que estos pobres desgraciados. No siento la necesidad de comer uva a todas horas, no padezco el ansia de comerla en cualquier momento. Creo que solamente las manzanas contienen esa misteriosa droga que crea un hábito invencible.

—Si supiéramos cómo curarles... Creó que en Baryl se podría conseguir. Pero —suspiró Nharda— no tenemos la nave.

Daroo se había tendido nuevamente en el suelo. Fax decidió intentar que se despertase, a fin de conseguir informes sobre lo ocurrido. El sujeto parecía aletargado, aunque no dormido del todo.

Lentamente se acercó a él y se arrodilló a su lado. Entonces, de forma inesperada, observó algo que llamó poderosamente su atención.

Olivia permanecía completamente inmóvil, con los ojos entreabiertos y la boca abierta por completo. Pero no se advertía en ella el menos movimiento de una respiración regular, como sucedía con Daroo.

Alargó una mano y tocó su mejilla. Estaba fría.

—Nharda, Olivia ha muerto —dijo. La joven se estremeció. —Por la droga.

—Su corazón no ha podido resistir. —Fax cerró los puños convulsivamente—. Esos canallas...

Al cabo de unos momentos, levantó en brazos el cuerpo inerte de una mujer joven, a la que había conocido tiempo atrás y había llegado a apreciar sinceramente por sus excelentes cualidades.

—Pesa menos que una pluma —murmuró. Nharda adivinó sus intenciones. —Vas a enterrarla, Brooke.

—Es lo menos que puedo hacer por ella —contestó el joven—. Los animales que hay en Maxfel son pacíficos y amistosos, pero a fin de cuentas luchan por sobrevivir. No me gustaría que Olivia sirviese de pasto para las bestias de este planeta.

—Te ayudaré —se ofreció la joven.

—Allí, cerca de las cascadas, hay piedras planas y afila das. Trae un par de ellas; nos servirán para cavar la tumba.

—Sí, Brooke.

Cuando el cuerpo de Olivia hubo quedado cubierto por la tierra, Fax se situó junto a la tumba, con la cabeza inclinada.

—No es bueno prometer venganza por una muerte injusta —murmuró —. Alguien te mató, a ti, una mujer llena de vida y de esperanzas en el futuro y en un mundo mejor. No es venganza lo que te prometo, sino justicia, Olivia Hanlath. Naciste en la Tierra y unos seres sin conciencia te condenaron a morir en un infierno con aspecto de paraíso. El lugar donde uno yace, sin embargo, es menos importante que el sitio adonde va a parar el alma. Dios, espero, habrá acogido bondadoso la tuya y estarás confortada a Su lado por los siglos de los siglos.

— Amén —dijo Nharda cuando el joven hubo terminado su oración fúnebre.

CAPITULO IV

El sol salió y Fax continuó durmiendo. Le había costado mucho conciliar el sueño. Casi se había pasado la noche en vela, pensando en lo sucedido. La llegada de sus amigos y la muerte de Olivia le habían abierto los ojos. Ya no vivía en un paraíso, sino en un infierno. Y lo peor de todo era que no podría salir de allí jamás.

Un grito arrancó repentinamente al profundo sueño en que se hallaba sumido.

—¡ Brooke!

Fax despertó sobresaltado.

—¿Qué sucede, Nharda?

—Norman. Ha desaparecido.

El joven se sentó en el suelo.

Miró a todas partes. Daroo se había tendido al dormir al pie del manzano, lo recordaba perfectamente. Pero ahora no se le veía por ninguna parte.

—No estará muy lejos —supuso.

Sin embargo, presentía que su amigo se había marchado y que ya no volvería a verle.

Abundaban los manzanos que daban aquellos frutos ponzoñosos. Daroo iría de un lado a otro comiendo manzanas sin cesar, hasta sucumbir inevitablemente a la acción de la droga, tal como le había sucedido a la desdichada Olivia. —Espera un momento —dijo.

El lugar en que se hallaban formaba parte de una extensa planicie, sin apenas obstáculos. Fax corrió hacia unas rocas próximas y trepó al punto más alto.

Desde allí podía abarcar con la vista una gran extensión de terreno. Ciertamente, abundaban los árboles y los matorrales, pero también había trozos despejados.

Nharda le contemplaba con expectación. Fax exploró con la mirada durante varios minutos. Al fin, desalentado, regresó junto a la muchacha.

—No se ve nada —dijo.

Nharda parecía sentirse muy afligida.

—¿Crees que podríamos encontrarlo si saliéramos a buscarle? —preguntó.

—Lo veo muy difícil. En primer lugar, desconocemos la dirección que ha tomado. Si consideramos este lugar como centro de un círculo imaginario, tenemos trescientos sesenta grados de rumbos posibles y desconocemos en absoluto el que Norman ha podido seguir. Tan sólo una hora de ventaja, nos resultaría ya imposible darle alcance, sobre todo si marchamos en una dirección equivocada.

—Eso sí es cierto —reconoció Nharda.

—Por otra parte, aunque le alcanzásemos, ¿qué conseguiríamos? Ahora Norman es un ser envenenado por la droga y no hay forma humana de hacerle abandonar su hábito. Nos guste o no, está condenado a morir en un plazo muy próximo.

Ella le miró fijamente.

—Brooke, ¿son terrestres los que os enviaron aquí como castigo a vuestro delito?

Fax respingó.

—¿Por qué lo preguntas?

—Diríase que los que os gobiernan pertenecen a una raza invasora

procedente de otro planeta. En Baryl no haríamos jamás una cosa tan horrible con los delincuentes.

—Son terrestres, sí —contestó el joven sombríamente—. Quizá por eso mismo nos han condenado a sufrir este horrible destino, sentenciándonos a morir en un paraíso que no es sino un infierno, cuyos tormentos alcanzan un refinamiento jamás imaginado por ninguno hasta ahora. ¡Si pudiera salir de aquí y volver a la Tierra! —exclamó con acento de rabia infinita.

Nharda le puso una mano en el brazo y le dirigió una mirada de simpatía.

—No te desanimes —aconsejó—. Puede que pase mucho tiempo, pero quizá algún día en Baryl se den cuenta de mi ausencia y envíen alguna nave a buscarnos. En tal caso te vendrías conmigo, no lo dudes.

—Gracias. —Fax forzó una sonrisa—. Bueno, Nharda. ahora tendremos que pensar en nosotros mismos. Es duro tener que hablar así, pero no nos queda otra solución.

—De acuerdo. ¿Por dónde empezamos?

El joven sacó la lupa que guardaba en uno de los bolsillos de su pantalón.

—Creo que convendría que empezásemos a cortar ramas, para irlas reuniendo y construir algún día una cabaña. Cuando llueve, me refugio en una cueva que hay cerca, pero si hemos de permanecer aquí mucho tiempo, no es solución que me haga sentirme demasiado satisfecho.

—Olvidas algo. Brooke —dijo la muchacha.

—¿De veras?

—¿Qué desayunamos?

El joven se echó a reír.

—Temo que habremos de recurrir otra vez a la pesca —dijo—. Empieza a reunir ramas secas; yo iré mientras tanto a ver si pesco un buen pez en el remanso.

—Está bien, Brooke.

Fax se encaminó hacia el arroyo, mientras ella lo hacía en dirección opuesta. Apenas había caminado una veintena de pasos, oyó un grito agudísimo.

Fax se volvió, terriblemente alarmado.

—¡Nharda! ¿Qué te sucede?

Ella estaba a unos cuarenta metros y sostenía con la mano derecha un extraño objeto, del que Fax no podía captar detalles debido a la distancia que les separaba. Antes de que pudiera formular ninguna pregunta, Nharda exclamó, con acento rebosante de júbilo:

—i Brooke, estamos salvados!

Olvidándose por el momento del desayuno, Fax se acercó a Nharda y trató de ver el objeto que ella sostenía con la mano derecha.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—El mando de control remoto de mi nave —respondió ella.

-¿Qué?

— Ya lo has oído. Con esta caja puedo hacer que mi nave regrese al lugar donde estoy, no importa donde se encuentre.

—¿Quieres decir —preguntó Fax, atónito— que puedes conseguir que tu astronave vuelva a este lugar?

—Así es —confirmó Nharda con radiante sonrisa.

Fax se pasó una mano por la frente.

—Veamos —dijo muy pálido—. Nharda, hijita, explícate, por el amor de Dios. Ese cacharro es un aparato de control remoto, cuyo alcance según creo entender es ilimitado.

—En efecto, su alcance es ilimitado.

Fax contempló la caja de control, que no era mucho mayor que un paquete de cigarrillos. Nharda había hecho salir una antena de una forma muy curiosa.

A dos centímetros de la caja la antena se dividía en dos ramas, estas dos en otras dos y así sucesivamente, hasta alcanzar un total de veintiocho ramas, ninguna de las cuales medía más de un centímetro de longitud. El grueso de cada una de aquellas ramas era inferior a un milímetro.

Nharda presionó un botón que había en la parte inferior de la caja y luego situó en lo alto de una roca que había a pocos pasos. La antena múltiple empezó a girar de inmediato, muy lentamente, describiendo círculos completos sobre su eje de base.

—Nhrada, debo deducir que tu caja de control ha empezado a enviar señales —dijo el joven.

—Así es. Las señales se emiten en un código preestablecido, como puedes imaginarte —respondió ella—. El receptor de mi nave funciona constantemente y captará las señales. Como es una emisión de urgencia, no hay fuerza humana que pueda desviar el rumbo que la llevará a aterrizar exactamente en este mismo sitio.

—Está ocupada por cuatro granujas —objetó Fax.

—Esta llamada se emite en casos de verdadera necesidad y ni siquiera yo podría anularla. Por otra parte, nadie tampoco, sino yo podría enviar la señal.

—Y eso significaría que tú estarías fuera de la nave. —Justamente. Brooke. Fax se rascó la nuca.

—Bueno, por lo que yo estoy viendo, ese chisme es muy pequeño y no parece tener la potencia suficiente para alcanzar tanta distancia. Pero, sin duda alguna, debe de haber una explicación para su funcionamiento, ¿no es así, Nharda? —Por supuesto. Tenemos infinidad de estaciones relevadoras de señales, una de las cuales captará las que emite esta caja de control. La estación receptora dispone de un perfectísimo ordenador, que empezará a buscar de inmediato la nave destinataria de tales señales, haciendo «consultas» si es preciso a los ordenadores de las otras estaciones. En fin, cuando obtenga la «respuesta», esto es, cuando haya encontrado mi nave, enviará la señal de llamada, será recibida, procesada y cumplimentada, lo que quiere decir que, pese a los esfuerzos de sus actuales ocupantes, acabará por dirigirse hacia aquí.

—Me siento pasmado —confesó el joven—. Pero esas señales, supongo, viajan a la velocidad de la luz. Si la estación más próxima se encuentra a mucha distancia...

—Calculo unos sesenta millones de kilómetros —respondió Nharda.

Fax empezó a contar con los dedos. —A trescientos mil kilómetros por segundo... tres minutos y un tercio —dijo.

—No es tanto tiempo, ¿verdad? —sonrió Nharda—. Esos tres minutos ya han transcurrido desde que empezamos a hablar. Bueno, ahora la estación receptora amplificará las señales y las transmitirá por ondas subespaciales a otras estaciones situadas tal vez a años luz. —Nharda hizo un ademán de fingida magnanimidad—. Puedes ir a pescar tranquilamente y no temas: antes de que se acabe el día tendremos aquí mi nave.

Fax echó a andar, pero de pronto recordó algo y dio media vuelta.

—Nharda, ¿cómo demonios no te has acordado hasta ahora de la caja de control de tu nave? Podías haberlo dicho ayer...

—Lo siento. Pensé que me la habría dejado a bordo; por eso no te dije nada.

—¿Temías que me enfadase? Ella puso cara de circunstancias.

—A veces soy muy despistada —admitió—. La llevaba colgada del cinturón, pero se me debió caer sin que me diera cuenta y luego ya no me acordé de que tenía que llevarla encima. Al caer quedó oculta por los ramajes de ese pequeño matorral y...

—Está bien, no sigas. Lo importante es que vuelva la nave y que podamos salir de aquí.

—Sobre eso no hay duda alguna —aseguró ella con firme acento.

—Todavía tengo un par de preguntas más en la punta de la lengua —dijo Fax—. Los ladrones estaban armados, ¿cómo podremos derrotados cuando lleguen?

—¿Quieres dejarlo de mi cuenta? —sonrió ella. —De acuerdo, no se hable más del asunto. —Eh, tenías otra pregunta más...

—Ah, sí, es verdad. Cuando hayas recuperado la nave, ¿seguirás viaje a la Tierra?

—Me gustaría, aunque no sé si sabré encontrar el rumbo. A ti te gustaría volver también, supongo.

Fax levantó los ojos a) cielo. El planeta en que había nacido estaba a cientos de miles de millones de kilómetros de distancia. Había allí unos seres infinitamente malvados, que les habían condenado a una muerte horrible, de la que él se había salvado por pura casualidad.

De un modo u otro, tenía que conseguir que recibiesen su castigo, pensó.

—Sí, me gustaría volver; aunque, por el momento, lo que más interesa es salir de este maldito mundo —contestó al cabo.

CAPITULO V

La antena de la caja de control aceleró su velocidad de rotación.

— Ya llega, Brooke —exclamó Nharda. Fax se acercó al aparato y contempló los giros de la antena múltiple. En un principio daba vueltas con gran lentitud, a una por minuto aproximadamente. Ahora giraba a una velocidad doble y se podía apreciar que el ritmo de giro aumentaba gradualmente.

—Nhrada, cuando esos tipos salgan de la nave, armados como es lógico, ¿qué harás para evitar que nos causen daño?

—Emplearé este mismo aparato de control, cambiando su frecuencia a otra que emite ondas paralizadoras del sistema nervioso. Abriré la escotilla por control remoto y lanzaré la emisión paralizadora. Luego no tendremos más que sacar los cuerpos fuera de la nave. Recobrarán la movilidad al cabo de una hora, aproximadamente.

Fax se llevó la mano a la cabeza y ejecutó el imaginario gesto de quitarse un sombrero que no tenía.

—Me descubro ante ti, maravilla de las maravillas —exclamó—. Nharda, tu nave, ¿da comidas decentes?

—Puedes encargarle el menú que te apetezca —sonrió la muchacha.

—Carne asada con guarnición, pan, vino y demás.

—Si te gusta este plato, ¿por qué no?

Fax miró con desconfianza a la muchacha.

—Pero a bordo no tienes reses para el consumo —dijo.

—No.

—Entonces será una comida sintética.

—Te aseguro que no notarás la diferencia. Ahora bien, si quieres llevar unos cuantos pescados y conservarlos en el congelador...

Nharda lanzó de pronto una alegre carcajada.

—Me parece que eres un poco remilgado, Brooke —criticó.

—Mujer, era sólo curiosidad —se defendió él—. Te aseguro que no haré ascos a cualquier comida que puedas ofrecerme...

La mano de la muchacha se tendió de pronto hacia la caja de control.

—Brooke, está a punto de aterrizar —dijo.

Los ojos de Fax se levantaron a las alturas. Instantes más tarde vio brillar un chispazo plateado.

—Dejaremos que la nave se pose en el suelo —indicó la muchacha—. Yo me ocuparé del resto.

—De acuerdo, preciosa, tú mandas.

Transcurrieron unos minutos. Poco a poco la imagen de la astronave fue aumentando de tamaño. Un cuarto de hora más tarde, las patas de sustentación emergieron del vientre y se posaron en la tierra.

Para entonces, Nharda ya tenía en sus manos la caja de control. Fax pudo apreciar que la antena había dejado de girar. Ahora estaba orientada justamente hacia la nave, de modo que el conjunto de ramas formaba un plano perpendicular con el eje del aparato.

En el costado de la espacionave se abrió lentamente una escotilla. Nharda mantuvo la antena orientada en aquella dirección.

—Ya están paralizados —dijo.

Fax dio el primer paso.

—Muy bien, ahora el asunto queda a mi cargo —exclamó.

Caminó una veintena escasa de metros y, de pronto, se detuvo como si le hubieran clavado los pies al suelo.

Un horror infinito acometió su ánimo al ver la pasta semilíquida que salía lentamente por la escotilla y se derramaba por la escalera, hasta llegar a la hierba.

—¡Dios! —murmuró, sintiendo una espantosa náusea—. ¿Qué es eso, Nhrada? "

La muchacha no contestó.

Nharda no podía pronunciar una sola palabra, por la sencilla razón de que estaba inclinada hacia delante, acometida por unas terribles bascas, que habían provocado en ella unos vómitos incontenibles.

La pasta que salía con tanta lentitud de la nave tenía un horrendo color rojizo. Fax vio también algunas cosas blancas, de forma inconfundible. Sin poderlo evitar, corrió a un lado, se inclinó y empezó a vomitar.

* * *

Pasado un buen rato se sintió algo mejor, aunque se estremeció al pensar en la tarea que le aguardaba.

—Nhrada —llamó.

La joven estaba vuelta de espaldas a la nave.

—Dime, Brooke.

—Hay que limpiar el interior de la nave, no tenemos otro remedio. Bueno, quiero decir que lo haré yo, pero necesito algunos elementos. ¿No tienes a bordo ningún recipiente en el que poder llevar agua del arroyo?

—No. Ah, sí, aguarda. Hay cajas de víveres, metálicas. Te indicaré dónde están... Puedes vaciar una y... Perdona, Brooke, pero es que no lo he podido soportar...

—No tienes que hacer ningún reproche —contestó él—. A mí me ha sucedido también lo mismo. Simplemente, no nos esperábamos un espectáculo tan horripilante. De todos modos, antes de llevar agua hay que hacer otra cosa.

El día anterior había conseguido arrancar un trozo de chapa de la nave destruida, con la que se había confeccionado un rudimentario cuchillo. Cortó unas cuantas ramas de un arbusto y las ató con una tira de sus propios pantalones.

—Una escoba primitiva, pero efectiva, espero —dijo, a la vez que avanzaba resuelto hacia el aparato.

Cuando puso el pie en el interior de la nave, descalzo, se dijo que tardaría mucho en olvidar el horror de aquellos cuerpos convertidos en una masa semilíquida, carente en absoluto de forma humana, y de los que apenas si habían quedado algunos de los huesos mayores. Chapoteando en aquel repugnante fango orgánico, empezó a lanzar fuera aquellos horribles restos.

Luego buscó la caja de víveres y empezó a traer agua. Transcurrieron dos largas horas antes de que Fax considerase la tarea concluida. Entonces fue al remanso y se dio un buen baño, a fin de lavarse de la sangre y de los restos que se la habían adherido al cuerpo.

Cuando terminó, volvió al lugar donde había dejado a la muchacha. Nharda, apreció, había tenido el buen sentido de apartar la nave un centenar de metros del sitio donde el suelo se veía manchado de rojo.

La muchacha estaba realizando una extraña tarea. Fax vio que había sacado una especie de manguera flexible, de metal plateado, que salía del vientre de la nave y se introducía en el suelo.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Materiales para mi reproductora —contestó ella.

—¿Reproductora? —se extrañó Fax.

—Así es. Tengo a bordo una máquina que reproduce cualquier cosa. Naturalmente, hay que proporcionarle la materia prima para que pueda darnos lo que necesitamos.

Fax tenía la boca abierta.

—Ese chisme, ¿es capaz de reproducir cualquier cosa? —preguntó, pasmado de asombro.

—Cualquier cosa que no sea un ser vivo, por supuesto.

—Entiendo.

—Por eso te dije antes que podrías comer carne asada.

La mano del joven se extendió vivamente.

—¡Por favor, no hables ahora de carne asada ni de ninguna clase! —exclamó—. En lugar de alimentos sólidos, ¿no podrías conseguirme siquiera una copita de vino?

Nharda sonrió deliciosamente.

—Vino natural, de Baryl —contestó—. Tengo unas cuantas botellas a bordo, Brooke. Entra y te serviré una copa.

—Sí, la estoy necesitando de veras —admitió él compungidamente.

—Pobrecito... Has pasado un mal rato, ¿verdad? Lo cierto es que no nos esperábamos que sucediera nada parecido —dijo Nharda, mientras ponía el pie en el primer peldaño— Esos infelices no sabían manejar mi nave. Seguramente mu rieron a poco de haber despegado.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Fax. —No lo sé, simplemente me lo imagino. Con toda seguridad efectuaron una falsa maniobra y la nave o bien aceleró de golpe o empezó a voltear en el espacio, con una velocidad imposible de describir. La aceleración los mató, no se puede explicar de otro modo.

—Cometieron un error al robar tu aparato, no cabe duda.

Fax lo había visto antes, aunque no se había fijado demasiado completamente ocupado en dejar limpio el interior de la astronave. Ahora podía apreciar mucho mejor la amplitud de su espacio interior, en el que podían moverse sin agobios.

Algunas cosas eran muy distintas de las que había a bordo de las naves terrestres, pero no cabía duda de que su asimilación resultaba fácil. A fin de cuentas, se dijo, era un aparato construido por seres humanos nacidos en otro planeta, pero de una raza inteligente, idéntica a la terrestre.

El vino era suave, de color rubí, perfectamente transparente, con un sabor muy delicado, levemente afrutado y de una baja graduación alcohólica. Fax se sintió mucho más entonado después de un par de copas.

Entonces miró a la muchacha y sonrió.

—¿Y ahora, Nharda?

—Tenemos que aguardar a que el recolector de materias primas haya terminado su trabajo —respondió ella—. Cuestión de un par de horas. Por cierto, ¿no te gustaría vestirte con mejores ropas?

Fax bajó la vista hacia el miserable pantalón que cubría sus caderas y que era la única prenda que le quedaba de la indumentaria primitiva.

—Mujer, una camisa, unos pantalones... No necesito más, créeme. En los últimos tiempos me había acostumbrado a vivir desnudo.

Nharda se puso en pie.

—Sígueme, por favor.

Ella le condujo hasta una estancia de grandes dimensiones, desnuda de muebles a excepción de lo que parecía una enorme consola de control,

que ocupaba toda una pared de la cámara, en una extensión de seis metros de anchura por casi cuatro de alto. A la derecha había un teclado con unos signos que Fax no entendió y que supuso eran claves para el manejo de la máquina.

Nharda abrió la tapa de un panel y extrajo un casco que puso en manos del joven.

—Colócalo sobre tu cabeza y luego baja la visera —indicó.

Fax obedeció. La visera le llegaba hasta el mentón, aunque no le impedía hablar.

—¿Y ahora?

Nharda enchufó un cable al casco. El otro extremo estaba conectado a la máquina, por encima del teclado, un poco a la izquierda.

—Brooke, piensa en la ropa que deseas —indicó.

—Sí, desde luego.

La visera era de color oscuro aunque transparente, lo que no le impedía ver a su través. Nharda manejó el teclado durante unos instantes y luego presionó una tecla de color verde y tamaño superior a las restantes.

Transcurrieron cinco minutos. De pronto, se oyó un ligero tañido.

Una ranura se abrió a un metro del suelo. Una camisa y un par de pantalones brotaron por la abertura, seguidos de un par de zapatos de piel blanda y unos calcetines.

Nharda le quitó el casco y sonrió.

—Ya puedes vestirte —dijo.

Fax se sentía sin aliento.

—No sé qué decir...

—No digas nada —contestó ella—. En Baryl verás todavía cosas más maravillosas.

—La vida allí debe de ser un auténtico paraíso, ¿eh?

—No podemos quejarnos, pero si yo viajaba a la Tierra era porque en ella hay algo que no tenemos nosotros.

—¿De veras? Nharda, con ese chisme puedes tener todo lo que se te antoje. ¿Por qué has de viajar a mi planeta, para buscar algo que no necesitas?

Ella le dirigió una deliciosa sonrisa.

—Ya lo sabrás algún día —repuso—. Ven, te enseñaré tu cámara para que puedas vestirte.

Fax recogió las ropas y siguió a la muchacha. Nharda abrió la puerta, pero cuando él iba ya a entrar se volvió bruscamente.

—Tengo que decirte algo —manifestó.

—¿Si, Brooke?

—Tú quieres viajar a la Tierra.

—Desde luego. Es un viaje con el que he soñado mucho tiempo. Pero la avería del marcador de rumbos...

Fax entornó los ojos.

—Ese marcador de rumbos, supongo, debe de estar en la cámara de mando —dijo.

—Allí está, en efecto.

—No puedes repararlo porque no lo sabes hacer. Pero puedes sacarlo del lugar en que se encuentra.

—No me resultaría difícil, Brooke. ¿Adónde quieres ir a parar?

El joven sonrió enigmáticamente.

—Nharda, si tanto interés tienes en ir a la Tierra, ¿Por qué no le pides a la reproductora, que puede reproducir todo lo que no sea orgánico, un nuevo marcador de rumbos?

Ella se quedó con la boca abierta y los ojos fijos en el rostro de Fax.

—¡Gran Supergalaxia! —exclamó—. La verdad es que no se me había ocurrido. ¡Brooke, has tenido una idea maravillosa!

De pronto saltó hacia él, le cogió la cara con ambas manos y le dio un fuerte beso en la boca.

—Te lo mereces —dijo.

Fax meneó la cabeza.

—Es una recompensa que me ha gustado muchísimo —manifestó.

—Voy a sacar el marcador de rumbos y lo pondré en el sistema de examen de la reproductora. La máquina no puede reproducir nada defectuoso, ¿comprendes?

—Por tanto, te dará un marcador de rumbos en perfecto estado.

—Y podremos viajar a la Tierra sin problemas, Brooke.

—Tendremos uno por resolver, cuando ya estemos a punto de llegar —alegó Fax.

—¿Cuál, por favor?

—Precisamente nuestra llegada. Si nos detectan...

—Ese problema está resuelto —aseguró ella.

—¿Tienes sistemas de detección a bordo?

—Tengo aparatos que pueden hacer que la nave no sólo no sea detectada, sino que tampoco pueda ser vista mientras yo no lo desee —declaró Nharda.

Fax levantó la mirada al techo.

—Hermosa, tengo que decirte algo muy importante —manifestó.

—¿De qué se trata, Brooke?

—A partir de ahora ya no me asombraré por nada de lo que puedas hacer. Si un día me dices que eres capaz de conseguir que las vacas vuelen y que los pájaros den leche, me lo creeré sin dudarlo ni por un solo momento.

Nharda se echó a reír.

—Querido, con esta nave se pueden conseguir muchas cosas, excepto realizar algo contrario a la naturaleza de los seres vivos.

—Sí, ya me lo suponía. Era sólo una broma... Pero nuestra estancia en mi planeta no va a tener nada de divertido —contestó Fax, repentinamente serio.

—Piensas vengar a Olivia Hanlanth y a Norman Daroo.

—Los culpables tienen que pagarlo —dijo él ceñudamente.

—¿Los conoces?

—Sí, Nharda.

Ella le empujó suavemente.

—Anda, termina de cambiarte de ropa —indicó—. Discutiremos el

asunto durante el viaje, si te parece.

Fax asintió.

—Sí, tenemos que hacerlo bien si queremos ganar la partida, porque de otro modo, ni siquiera tendríamos el consuelo de ser desterrados nuevamente a Maxfel.

—Nos matarían —adivinó la muchacha.

—Puedes tenerlo por seguro —confirmó él.

CAPITULO VI

Fax puso el pie en el suelo y miró satisfecho a su alrededor.

A lo lejos, en el horizonte, se divisaba el resplandor de las luces de la gran ciudad, de la que él había sido expulsado meses antes. ¿Cuántos más habían sufrido su misma suerte?

Maxfel era un planeta grande, de las dimensiones aproximadas de la Tierra. Había permanecido allí unos cuatro meses y todo aquel tiempo sólo había podido ver a dos terrestres más.

Cientos, miles tal vez podían haber sufrido la ignominiosa pena de destierro y estarían vagando por Maxfel, solitarios, tardando años en hallar a un semejante con el cual compartir la existencia. En la Tierra había alguien cuya crueldad era infinita y tendría que desenmascararlo.

Un golpe en el hombro le arrancó de pronto de sus reflexiones.

—Brooke —dijo la muchacha.

Fax se volvió en el acto.

—Perdona. Estaba pensando.

—Lo sé —sonrió ella—. Se te veía en la cara, pero no puedes seguir así eternamente.

—Estoy de acuerdo contigo. Bien, hemos llegado a la Tierra, y tenemos que empezar a poner en marcha el plan que acordamos durante el viaje. Lo primero que debemos hacer es ir a ver a mi amigo Sixtus Parbodle.

—Me has hablado de él antes. Creo que fue el abogado que te defendió en el juicio.

—Sí, exactamente. Después trataremos de ver al juez que me sentenció.

—Quizá cumplía con su deber...

—Sixtus me dijo algo sobre este tipo. Tenía muchas ambiciones. Pero ya hablaremos más adelante del juez Bekargyll. De momento, la iniciativa es tuya, Nharda.

—Está bien. Toma, ponte este cinturón. No te lo quites para nada, ¿entendido?

Fax contempló el cinturón que le tendía la muchacha, que era muy ancho, casi quince centímetros, por uno de grueso, y provisto de una hebilla de dimensiones aún mayores que la caja de control con la que ella había hecho regresar a la nave.

—No pensaba utilizarlos, porque tenía la intención de viajar como una persona normal —explicó Nharda—, pero las circunstancias han cambiado, Brooke.

—No se puede negar, en efecto. ¿Para qué sirve este cinturón, Nharda?

—Aguarda un momento, por favor —rogó ella.

Nharda colgó del cinturón de Fax un objeto de forma triangular y de unos treinta y cinco centímetros de largo, por veinte de ancho y cinco de grueso.

—Parece la funda de una pistola —dijo Fax.

—Una psicopistola —puntualizó la muchacha.

—¿Qué? —gritó él.

— Ya lo has oído. Es una psicopistola, lo cual significa que dispara descargas mentales que pueden paralizar a tu atacante. Mientras le tengas sujeto a los efectos del arma, hará todo lo que tú le ordenes. Una cosa más, Brooke.

—Dime. por favor.

—No uses el arma al máximo de intensidad. Por mucho que odies a una persona, no manches tus manos con sangre. Bueno, es una metáfora, pero tú me comprendes, ¿verdad?

—Sí —admitió él con grave expresión—. Descuida, no quitaré la vida a nadie, ni siquiera al miserable que me sentenció a la pena de destierro perpetuo. ¿Qué más, Nharda?

—Yo me pondré otro cinturón. También llevaré una psicopistola. Luego tú me guiarás a casa de tu amigo Parbodle. Deja que te ajuste el cinturón, por favor.

Las manos de la muchacha actuaron rápida y hábilmente.

De pronto. Fax sintió un leve pinchazo a la altura del estómago y lanzó una exclamación de asombro.

—¿Qué ha pasado, Nharda? Esto pincha...

—No temas —sonrió ella—. Simplemente, acabo de establecer una conexión con tu sistema nervioso. De otro modo no podrías utilizar ni el cinturón ni la pistola, claro.

—Entiendo. Oye, ¿puedo hacerte una pregunta indiscreta?

—Claro —accedió la muchacha—. ¿Qué es, Brooke?

—Por lo visto, en Baryl sabéis hacer cosas maravillosas, pero me asalta una duda. Allí, los niños, ¿cómo nacen? ¿Se fabrican en alguna factoría, mediante los programas de una computadora... o se sigue el procedimiento que se «inventó» hace millones de años?

—No hagas que me ruborice, tonto —respondió Nharda maliciosamente—. Sí, en Baryl se podrían crear seres humanos por medios artificiales, pero es un sistema que no ha pasado nunca de la teoría. Preferimos llegar al mundo por el método tradicional.

—;Uf. qué alivio! Pensé que... Bueno, será mejor dejar el tema.

¿Cuándo arrancamos?

—Ahora mismo. Manejaré el mando de invisibilidad de la nave y...

—¡Espera! —gritó él—. Olvidaba una cosa, Nharda.

Ella le miró con extrañeza. Fax entró corriendo en la nave y volvió a salir a los pocos momentos con una bolsa de tela en las manos.

—¿Qué es eso? —preguntó la joven, muy intrigada.

—Cuando supe que podíamos venir aquí, recogí unas cuantas manzanas drogadas. Tengo un buen amigo, químico de notable reputación, y quiero que haga un análisis de esa fruta maldita.

—No está mal pensado —dijo Nharda.

— Y a propósito, también tengo algo que puede rendirnos buenos dividendos en caso de apuro.

—¿Qué es, Brooke?

—Los cien millones que robaron los desgraciados que se apoderaron de tu nave. Estoy seguro de que el Banco Central pagaría una buena recompensa por recuperar ese dinero. Incluso podríamos llegar a un arreglo; por ejemplo, la anulación de mi condena. El presidente del banco es personaje de relieve, te lo aseguro.

—Ojalá no tengas que utilizar ese dinero —deseó la muchacha.

—Si fuese así, significaría que hemos fracasado y que nos encontramos en una situación desesperada. Pero no llegaremos a semejante extremo, te lo aseguro. Bien, ¿cuándo vamos a ver a mi amigo Sixtus Parbodle?

—Tú tienes la palabra. Brooke, pero debes darme la mano, porque yo no sé el camino.

Las manos de los dos jóvenes se juntaron. Fax apoyó el índice en

determinado punto de la hebilla de su cinturón, pensó intensamente en la casa donde vivía su amigo y presionó a fondo.

* * *

Durante un tiempo que le pareció interminable, pero que en realidad duró infinitesimales fracciones de segundo, creyó hallarse envuelto en un gigantesco torbellino, donde giraban silenciosamente millares de luces de todos los colores, en un callado vórtice de estallante luminosidad. Luego todo se hizo oscuro y volvió a notar que tenía los pies en el suelo.

La mano de Nharda seguía junto a la suya. Fax miró a derecha e izquierda y sonrió.

—Bien, hemos llegado —dijo, a la vez que señalaba la casa situada a pocos pasos de distancia.

Notó que pisaba algo y meneó la cabeza.

—Helga Parbodle se pondrá como una fiera.-cuando vea que le hemos destrozado todo un macizo de flores —comentó sonriendo—. Es la esposa de Sixtus —aclaró.

—Comprendo. Brooke. ¿no será un poco tarde para visitar a tu amigo?

Fax señaló hacia la casa, en la que se veían varias ventanas iluminadas.

—Llegamos justo después de anochecer. Apenas son las nueve de la noche —respondió.

Avanzó hacia la casa y toco el timbre. La puerta podía abrirse al impulso de una orden verbal, pero ello era exclusivo del dueño.

Un hombre joven, de unos treinta y cinco años, apareció en el umbral.

—Perdone, ahora no recibo visitas.

—¿Tampoco a mí, Sixtus?

El abogado se quedó petrificado.

—No puede ser —murmuró.

—Sí, soy yo —sonrió Fax.

—Te enviaron a Maxfel. Nadie ha vuelto jamás de allí.

—Yo estoy aquí, Sixtus.

Parbodle se pasó una mano por la frente.

—Debo de estar soñando... Pero sólo son las nueve de la noche, acabamos de cenar y no he tomado más que una copa de vino. Por todos los santos, Brooke, ¿cómo conseguiste salir de Maxfel?

—Si me permites entrar en tu casa, te lo explicaré con todo detalle. Por cierto, no vengo solo. ¡Nharda, por favor, acércate!

La muchacha se hizo visible. Parbodle contempló estupefacto a aquella hermosa joven, cuyo atavío, pese a su brevedad, resultaba enormemente espectacular. Fax hizo las presentaciones y luego saludaron a la esposa del abogado.

Helga les acogió con gran simpatía y dijo que les iba a preparar algo de comer. Mientras, Parbodle sirvió unas copas de vino como aperitivo.

—Bien, Brooke, estás de vuelta en la Tierra, pero creo recordar que la sentencia era de destierro perpetuo. Sí te ponen la mano encima volverán a llevarte a Maxfel. O quizá te lleven a la penitenciaría de Plutón, allí en los confines del sistema solar.

—Sí, ya sé que allí es donde encierran a los irrecuperables. Pero son gente que cometieron crímenes espantosos. Mi delito fue sólo pensar de forma distinta al gobierno, tú lo sabes mejor que nadie —contestó el joven.

—Brooke, a decir verdad, te pasaste en tus críticas —dijo el abogado —. Al menos, reconoce tu error...

—Puedo estar equivocado, pero tengo derecho a manifestar mi opinión. El gobierno, o sus representantes, deben rebatir mis argumentos y no combatirlos por medios expeditivos, quitándome de en medio. Eso es lo que no puedo consentir y por lo que voy a luchar a partir de este momento.

—¿Crees que conseguirás algo positivo?

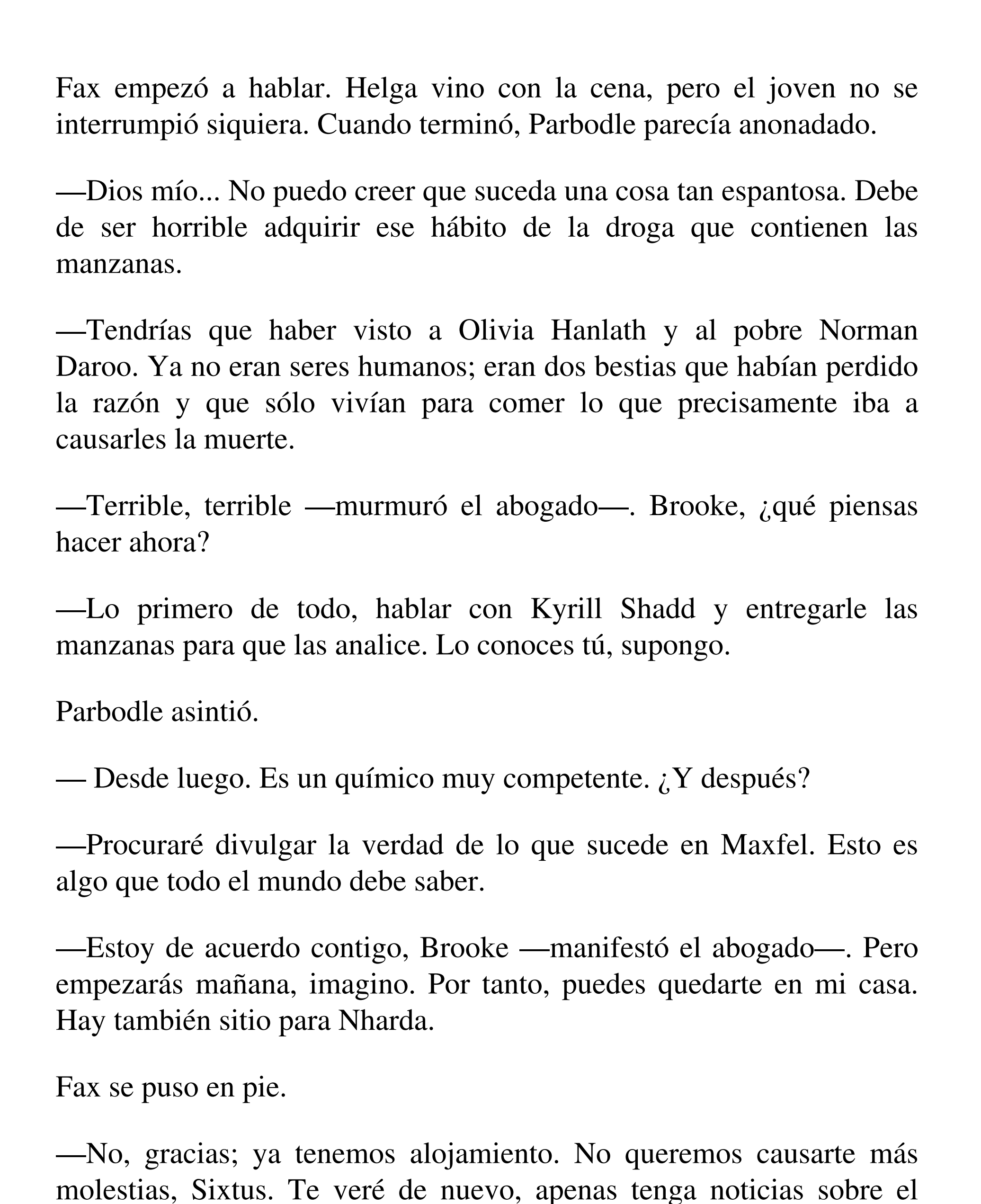
—Por lo menos estaré en paz con mi conciencia —respondió Fax vehementemente—. La gente tiene que conocer la verdad de lo que pasa en Maxfel. Todos creen que es un mundo maravilloso, donde se puede vivir sin esfuerzo, en donde hay un ambiente paradisíaco. El gobierno dice que expulsa a los disidentes al mundo mejor que ellos desean, pero lo que hace en realidad es condenarlos a la peor de las muertes que uno se pueda imaginar.

—No hablarás en serio, Brooke —dijo Parbodle—. Yo hice una vez un viaje a Maxfel, formando parte de una comisión de encuesta, para ver si los condenados a destierro se encontrarían en condiciones inaceptables. Por supuesto, estoy en contra de esa clase de condenas, pero ya que así lo establece la ley, debo acatar ésta y hacer que se respete.

—Sixtus, ¿cuánto tiempo estuviste en Maxfel?

—Una semana, aproximadamente. Incluso acampamos en el exterior y, durante todo aquel tiempo, vivimos de lo que podíamos obtener por nosotros mismos. No está bien la pena de destierro, pero tampoco es algo insoportable. A veces pienso que el gobierno no permita establecer allí colonias; creo que me iría a Maxfel con mucho gusto.

—Estás en un error, un terrible error —aseguró el joven—, Escúchame bien, Sixtus; pon atención, porque lo que vas a oír es algo que no te puedes imaginar siquiera.



Fax empezó a hablar. Helga vino con la cena, pero el joven no se interrumpió siquiera. Cuando terminó, Parbodle parecía anonadado.

—Dios mío... No puedo creer que suceda una cosa tan espantosa. Debe de ser horrible adquirir ese hábito de la droga que contienen las manzanas.

—Tendrías que haber visto a Olivia Hanlath y al pobre Norman Daroo. Ya no eran seres humanos; eran dos bestias que habían perdido la razón y que sólo vivían para comer lo que precisamente iba a causarles la muerte.

—Terrible, terrible —murmuró el abogado—. Brooke, ¿qué piensas hacer ahora?

—Lo primero de todo, hablar con Kyrill Shadd y entregarle las manzanas para que las analice. Lo conoces tú, supongo.

Parbodle asintió.

— Desde luego. Es un químico muy competente. ¿Y después?

—Procuraré divulgar la verdad de lo que sucede en Maxfel. Esto es algo que todo el mundo debe saber.

—Estoy de acuerdo contigo, Brooke —manifestó el abogado—. Pero empezarás mañana, imagino. Por tanto, puedes quedarte en mi casa. Hay también sitio para Nharda.

Fax se puso en pie.

—No, gracias; ya tenemos alojamiento. No queremos causarte más molestias, Sixtus. Te veré de nuevo, apenas tenga noticias sobre el análisis que pienso encargar a Shadd. Helga, te damos las gracias muy sinceramente por tu hospitalidad.

—Ha sido un verdadero placer, Brooke —contestó la señora Parbodle.

Miró a la muchacha y sonrió.

—Nharda, te deseo una feliz estancia en nuestro planeta —añadió.

—Muchas gracias, Helga. Algún día te haré un obsequio, para demostrarte prácticamente mi agradecimiento.

—No te preocupes. Brooke, ten cuidado.

—Sí, desde luego, Helga. Adiós, Sixtus.

Fax y la muchacha abandonaron la casa. Ella fue a poner la mano sobre el cinturón de su hebilla, pero el joven cortó el gesto.

—Deja que nos vean marcharnos a pie. Por ahora, nadie debe saber que usamos estos aparatos —dijo a media voz.

—Sí, es una excelente precaución —convino ella.

Fuera del jardín, Fax se volvió y agitó una mano en señal de saludo. Luego, asió el brazo de Nharda y juntos caminaron hasta perderse de vista. Entonces, regresaron a la nave, lugar que pensaban utilizar como alojamiento hasta tanto mejorasen las circunstancias.

CAPITULO VII

Al día siguiente, hacia las diez de la mañana, Fax y Nharda surgieron en las inmediaciones de una casa aislada, en las afueras de la ciudad.

—Shadd vive aquí, porque le conviene más para su trabajo —explicó el joven—. Podría estar empleado en una empresa de importancia y ganar un magnífico salario, pero prefiere la independencia y se dedica a trabajos de investigación por su cuenta. También hace análisis de encargo y... Bueno, creo que no tardaremos mucho en saber qué diablos contienen esas malditas manzanas, aunque el problema vendrá después, cuando tengamos que hacer público el caso, para que la gente se entere de lo que pasa realmente en Maxfel.

—Puedes denunciarlo ante las autoridades —sugirió la muchacha.

Fax lanzó una amarga carcajada.

—Todos los asuntos que se consideran delitos semejantes al mío, están en manos del juez Bekargyll, por nombramiento especial del secretario de Orden y Paz, visado por el presidente. El juez tiene una autoridad absoluta y no creo que permita la publicidad sobre el tema. Pero de todas formas no nos vamos a estar quietos —añadió resueltamente.

La casa donde vivía el químico era relativamente grande, de una sola planta y de trazado alargado. El sector destinado a vivienda era pequeño. El laboratorio ocupaba la mayor parte de la estructura, casi un setenta y cinco por ciento del total edificado.

Desde el exterior podían ver los grandes ventanales, provistos sin embargo de vidrieras traslúcidas, que permiten el paso de la luz pero que impedían curiosear lo que había al otro lado. Fax no quiso ser indiscreto y prefirió llamar a la puerta de entrada a la vivienda.

La puerta cedió ligeramente, lo que le indicó que no estaba cerrada por dentro. Fax asomó la cabeza y lanzó un grito:

—¡Eh, Kyril! ¿Dónde estás, muchacho?

No hubo respuesta. El joven se volvió hacia Nharda.

—Se habrá metido ya en el laboratorio y andará ocupado con algún experimento. Cuando se pone a trabajar es como si estuviera en otro mundo; ni un cañonazo junto al oído lograría traerlo a la realidad —explicó sonriendo.

—Entonces no será correcto interrumpirle —opinó ella.

—Bueno, vamos a ver qué hace y, si es necesario, esperaremos a que termine. Ven, sígueme.

La casa, aunque dotada de todas las comodidades, era más bien modesta.

—No se ven grandes lujos —observó Nharda.

—El buen Shadd es hombre que se conforma con poco —respondió él.

Atravesaron la vivienda y llegaron ante una puerta que daba al laboratorio. Fax la abrió y, en el mismo instante, Nharda lanzó un agudo grito de sorpresa.

Por su parte, el joven se quedó en el umbral, paralizado por el asombro y completamente inmóvil. Le parecía mentira ver el espectáculo que tenía ante sus ojos.

El laboratorio estaba completamente devastado, como si hubiese pasado por allí una banda de dementes, ávidos de destrucción. Los más delicados aparatos, los instrumentos más sofisticados, todas las probetas, los frascos, los matraces... Todo, absolutamente todo, aparecía convertido en menudos fragmentos.

Había sido una destrucción ejecutada con saña infinita, como si el autor de los destrozos quisiera saciar su odio contra el propietario del laboratorio.

O tal vez, pensó Fax, lo había realizado en un incontenible acceso de demencia, que le había llevado a arrasar todo cuanto había en el interior de la vasta pieza.

—¡Gran Galaxia! —exclamó Nharda—. Brooke, ¿qué ha pasado aquí?

—El caballo de Atila —contestó él.

—¿Cómo?

—La hierba no crecía después de que ese caballo había pasado...

De súbito. Fax se puso tieso, rígido como una tabla.

Al otro lado de la mesa asomaban unos pies, en los que no se observaba el menor movimiento. Fax se acercó lentamente, dio la vuelta a la mesa y se estremeció fuertemente.

Extendió una mano.

—Nharda, no te acerques —ordenó.

Ella se quedó quieta. Fax se arrodilló junto al cuerpo inerte que yacía sobre montones de fragmentos de vidrios, y le tocó la mejilla.

Estaba fría, lo que le indicó que la muerte se había producido al menos una hora antes. En el centro del pecho vio un pequeño disco negruzco.

—Una descarga térmica —diagnosticó.

—¿Está muerto? —preguntó la muchacha.

—Por desgracia, sí —contestó él, a la vez que se ponía en pie.

—Esto parece obra de unos ladrones, ¿no crees?

Fax no contestó. Estaba mirando el escritorio que se hallaba al fondo y en el que también se apreciaban señales de vandalismo.

Caminando despacio, se acercó al escritorio. Unos segundos después averiguó algo que estimó de gran importancia.

—No han dejado un solo papel —dijo—. No queda ningún apunte, ninguna nota. Todo se lo han llevado o...

Al fondo vio una estructura de metal de determinada forma. Se acercó y tocó la superficie exterior. Aún estaba caliente.

—Esto es un incinerador —explicó—. Todos los documentos que el pobre Shadd tenía aquí se han convertido en humo.

—Los han quemado —exclamó Nharda.

—Exacto.

—Pero, ¿por qué? ¿Había hecho algo malo tu amigo?

—No lo creo. Shadd era un tipo estupendo, incapaz de cometer una mala acción. —Fax paseó la mirada por aquel ambiente de ruina y destrucción—. Tengo una vaga sospecha de los motivos de esta catástrofe, pero necesitaría comprobar lo y no sé cómo hacerlo —añadió.

—¿No tienes otros amigos a los cuales pedir ayuda? —preguntó ella.

—Sí, pero antes hubiera querido llevarles el análisis de las manzanas.

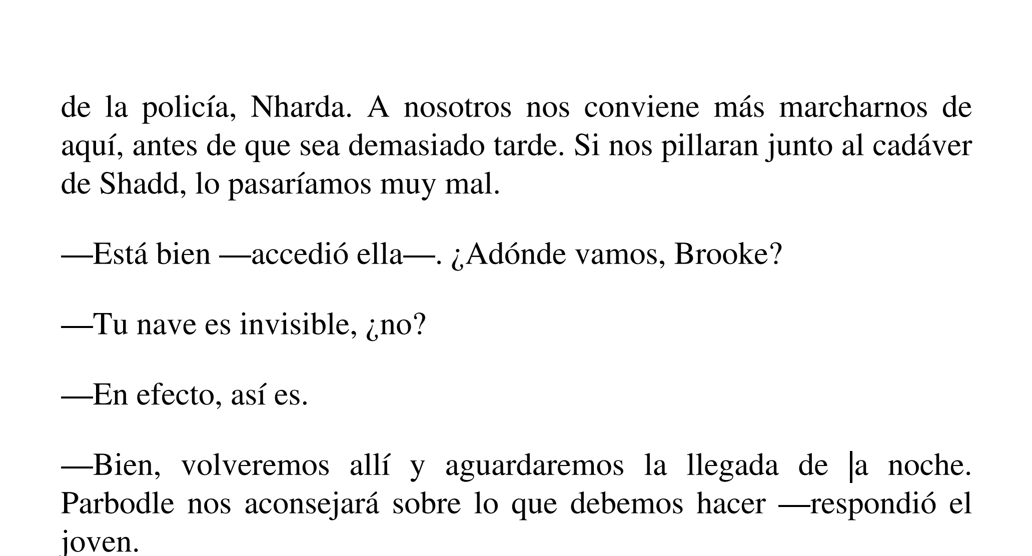
Fax meditó unos instantes.

Meneó la cabeza.

—Temo que habremos de volver a hablar con Parbodle, pero será a la noche. Nharda, ahora nos conviene abandonar este lugar —dijo al cabo.

—¿No enterrarás a Kyril, como hiciste con Olivia?

—Estamos en la Tierra, y se ha cometido un crimen. Eso es ya asunto



de la policía, Nharda. A nosotros nos conviene más marcharnos de aquí, antes de que sea demasiado tarde. Si nos pillaran junto al cadáver de Shadd, lo pasaríamos muy mal.

—Está bien —accedió ella—. ¿Adónde vamos, Brooke?

—Tu nave es invisible, ¿no?

—En efecto, así es.

—Bien, volveremos allí y aguardaremos la llegada de la noche. Parbodle nos aconsejará sobre lo que debemos hacer —respondió el joven.

Agarró el brazo de Nharda y la empujó hacia la salida. Cuando atravesaban la puerta de la casa, oyeron una voz a poca distancia.

—¡En, ustedes! —dijo alguien—. ¿Buscan al señor Shadd? Creo que ha salido, aunque no tardará en volver.

Fax se volvió y divisó a una anciana de rostro simpático y cabellos totalmente blancos, situada al otro lado del seto que separaba ambas propiedades.

—Si desean verle, y es importante, pueden esperarle en mi casa —añadió la mujer—. Kyrill y yo somos buenos amigos y él viene muchas veces a tomar el té conmigo. A propósito, soy la señora Quirlin, Mattie Quirlin.

Fax vaciló un momento. Si la anciana era amiga, como decía de Shadd, quizá podía darles algunos detalles sobre la persona o personas que habían causado aquel estropicio, además de cometer un asesinato.

—Soy Brooke Fax —se presentó—. Ella es Nharda Tqon.

—¿Ha dicho Fax? —preguntó Mattie.

—Sí, señora.

—El joven que fue sentenciado hace algunos meses a destierro perpetuo en Maxfel.

—Debo admitirlo, señora Quirlin.

—Tengo entendido que ningún desterrado ha podido salir jamás de aquel planeta.

— Yo estoy aquí.

Mattie asintió. Luego hizo un gesto con la mano.

—Será mejor que vengan a mi casa a tomar una taza de té —invitó.

* * *

Mattie se inclinó para verter té en las tazas que había preparado sobre una mesita. Luego se sentó frente a los dos jóvenes.

—Conozco su caso, Brooke, y también conozco otros muchos. Todo eso es idea de un hombre terriblemente ambicioso y dispuesto a llegar al crimen, con tal de conseguir sus propósitos.

—Sin duda se refiere usted al juez Bekargyll —dijo Fax.

—Sí. Lo conozco bien. Conozco bien a ese sujeto. En tiempos fue incluso mi pretendiente. No quise casarme con él; era presuntuoso, arrogante, pisoteaba a todo el mundo con tal de alcanzar sus objetivos... Un ser absolutamente detestable, créanme, muchachos.

Fax carraspeó cortésmente.

—Perdone, señora Quirlin. No quisiera ser descortés, pero usted ha dicho que el juez fue su pretendiente...

—Exactamente, muchacho. Pidió mi mano y de ello hace ya casi sesenta años. Voy a cumplir los ochenta y no me gusta ocultar mi edad.

—Bueno... —Fax emitió una sonrisa de circunstancias—. Yo... No acabo de entenderlo... Vi al juez muy bien, cuando me juzgó... y, si fue su pretendiente, debería tener por lo menos su misma edad. Pero el hombre que me sentenció debe de contar ahora unos cuarenta y cinco años...

—Sí, es cierto, así tendría que ser. Pero yo soy acaso la única persona que conoce el secreto del juez Bekargyll. Y cuando digo que es un buitre, sé muy bien lo que digo.

—No me cabe la menor duda, señorita Quirlin. ¿Podemos conocer cuál es el secreto del juez?

—Esperad un momento —pidió Mattie—. ¿Qué os ha dicho Kyril?

Fax y la muchacha cambiaron una mirada. La anciana, sin duda, no conocía aún lo ocurrido.

—Señora Quirlin —dijo él—, ¿es usted muy amiga de Kyril?

—Sí, bastante. Es un chico estupendo, demasiado trabajador, incluso. Además, muy pronto se va a convertir en mi sobrino.

—¡Su sobrino! —resopló Nharda.

—Eso es. Kyrill y Rosalee, mi sobrina, están prometidos.

Fax inspiró con fuerza. Aquella amable anciana iba a llevarse un terrible disgusto cuando conociese la verdad, se dijo.

—Señora Quirlin...

—¿Sí, Brooke?

—Lamento tener que decírselo, pero debo ser sincero. Hay malas noticias...

—¿Adonde quiere ir a parar, muchacho?

Nharda se levantó y, sentándose junto a Mattie, cogió una de sus manos con las suyas.

—Kyrill ha sido asesinado —dijo.

CAPITULO VIII

Durante unos cuantos minutos sólo hubo silencio en la sala. Mattie se había reclinado en el respaldo del sofá y tenía una mano sobre los ojos, de los que brotaban unos hilillos de agua.

Al cabo de un rato hizo un gesto. Nharda comprendió y le acercó una taza de té.

Mattie tomó unos sorbos. Luego sacó un pañolito de encaje y se secó los ojos.

—Contadme —pidió lacónicamente.

Fax hizo un sucinto relato de lo ocurrido. Mattie parecía muy alterada y el joven se preguntó si sería capaz de soportarlo, debido a su avanzada edad. Pero la anciana, apreció bien pronto, era más fuerte de lo que aparentaba.

—Pobre Rosalee, se llevará un terrible disgusto... Estaba muy enamorada de Kyril... Hacían ya planes para el futuro —gimió Mattie.

De pronto, se enderezó en el sofá.

—Han quemado todos sus documentos y destruido el laboratorio —añadió.

—Así es, señora —confirmó Fax.

—Eso es cosa del maldito Bekargyli —acusó la anciana—. Kyrill estaba trabajando en unos análisis que, me dijo, eran de gran importancia. Podían hundir al juez e incluso enviarlo a la cárcel para un montón de años.

—¿De qué se trata, señora? —preguntó Fax.

—Hace un par de semanas el juez pronunció un discurso ante un gran número de hombres de negocios, todos ellos personajes de relieve en

el comercio y las finanzas. Bekargyll buscaba su apoyo para la próxima campaña electoral. Eran más de dos mil y todos le aplaudieron entusiasmados, literalmente enloquecidos por su discurso.

—Como se decía antes, tiene un verbo arrebatador —indicó el joven.

—Eso es lo que se creen muchos. Pero había un hombre al que Bekargyll no le ha sido simpático nunca, un gran amigo de mi difunto esposo. Mejor dicho, lo era su padre, pero para el caso da lo mismo. Resumiendo, ese personaje se preguntó una y otra vez cómo era posible que él se sintiera terriblemente atraído hacia el juez y que aplaudiera sus proyectos con fervoroso entusiasmo. Al día siguiente, cuando se hubo serenado, si la palabra puede describir su estado de ánimo, empezó a investigar y encontró la solución. —¿Que es...?

—De momento creyó haberla encontrado; por eso vino a ver a Kyril. Sé que Kyrill le anticipó algo por videófono, dándole la razón en sus sospechas, pero quería concluir los análisis, a fin de emitir un dictamen con absoluta seguridad.

—El juez se ha enterado y ordenó que lo asesinaran.

—Así ha tenido que suceder —convino Mattie.

—Ese hombre es un peligro público —exclamó Nharda impetuosamente—. ¿No hay manera de parar su carrera de crímenes?

Fax levantó una mano.

—Perdone, señorita Quirlin, pero cuando nosotros llegamos, hacía una hora, aproximadamente, que Kyrill había muerto. ¿No vio a nadie entrar en su casa?

—Sí —respondió la anciana—. Eran poco más de las ocho y media cuando llegaron dos hombres. Uno de ellos era de mediana estatura, ancho de hombros, de cara cuadrada y pelo que parecía cortado a hachazos. Tenía bastantes canas, aunque no parecía demasiado viejo. El otro era más alto, muy delgado, de cara chupada y ojos de pez...

—Capitán Vtarr y sargento Nillmo, los dos esbirros de confianza del juez —identificó Fax en el acto—. Son hombres capaces de cualquier canallada y obedecen ciegamente a Bekargyll. Ellos tuvieron que hacerlo, no cabe la menor duda.

—Hablé brevemente con esos dos hombres —declaró Mattie—. Se mostraron muy corteses y dijeron que eran amigos de Kyrill y que le habían encargado unos trabajos. Les vi entrar, aunque luego ya no me preocupé de más y no sé cuándo salieron...

En aquel instante llamaron a la puerta.

Fax miró a través de la ventana y se estremeció.

—La policía —dijo a media voz.

Mattie levantó una mano.

—Dejádmelo a mí —pidió.

* * *

La anciana se levantó, atravesó la sala y abrió la puerta.

—Caballeros...

Había dos hombres de uniforme negro en el umbral. Uno de ellos llevaba dos barras doradas en el lado izquierdo del pecho.

—Sargento Ross y agente Durpf, señora —presentó uno de los policías.

—Soy la señora Quirlin —dijo Mattie—. ¿En qué puedo serles útil, amigos?

—Nos informaron de que se había cometido un crimen en la casa de al lado. Efectivamente, el dueño ha sido asesinado y estamos realizando la investigación reglamentaria. ¿Puede decirnos si ha visto a alguien sospechoso en las inmediaciones?

—No, sargento, no he visto a nadie.

La mirada de Ross se dirigió hacia la pareja que se hallaba en el interior de la sala. Mattie soltó una risita.

—Son mis sobrinos, Johnny y Laura. Se casaron recientemente y están en viaje de novios. Llegaron hace un momento y…

—Muchas gracias, señora. Si recuerda algún detalle, no deje de llamarnos por videófono.

—Descuide, sargento. Pero todavía no me ha dicho qué es lo que ha sucedido.

—El dueño de la casa de al lado ha sido asesinado.

—¿Kyrill Shadd?

—Sí. ¿Lo conocía usted?

—Pobre muchacho. Era tan simpático, tan amable, tan afectuoso... Los jóvenes de hoy día tratan a los viejos como zapatos usados, pero Kyrill era siempre tan gentil conmigo... ¿Por qué le asesinaron, sargento?

—Suponemos que el motivo del crimen fue el robo. Todo está muy desordenado y... Bien, gracias por todo, señora. Disculpe las molestias.

—Si no fuese por la muerte de ese pobre chico, les diría que ha sido un placer —contestó Mattie.

Los policías se marcharon. Mattie cerró la puerta y se apoyó en ella, poniendo una mano sobre el pecho.

—Bekargyll, Bekargyll. ¡Él es el autor de todo! —murmuró.

—Tendríamos que hacer algo —exclamó Nharda—. La gente debe saber qué clase de hombre es el juez, ¿no crees, Brooke?

Fax se acercó a la anciana y puso en sus manos el saquete que contenía

las manzanas de Maxfel.

—Guarde esto cuidadosamente —pidió—. Son manzanas, y en apariencia de un sabor maravilloso, pero no se le ocurra probarlas por nada del mundo.

Mattie le miró extrañada.

—¿Por qué has traído fruta de aquel planeta? —preguntó.

—Porque es la prueba del infinito sadismo de un hombre que hace sesenta años quiso casarse con usted —respondió el joven.

—Algún día me explicarás...

—Y usted tiene que contarme también el secreto del juez Bekargyll.

—Si se divulgara, su carrera política habría terminado.

—Para ello sería preciso presentar pruebas, señora.

—Las tengo —afirmó Mattie.

—Bien, algún día se las pediremos. Nharda, debemos marcharnos.

—Sí, Brooke.

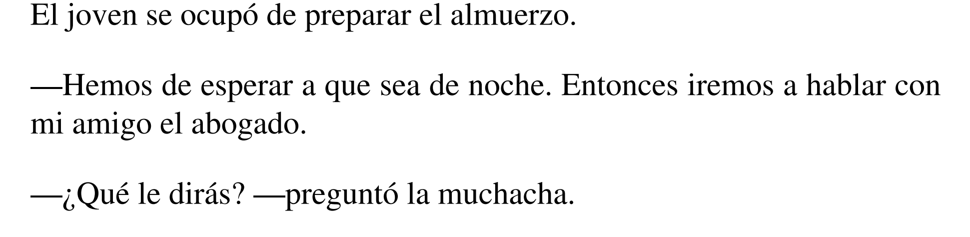
Fax tomó una de las manos de la anciana.

—Mattie, ¿se lo dirá usted a su sobrina Rosalee?

Los ojos de la señora Quirlin volvieron a humedecerse. —Es mi deber —contestó.

* * *

Fax compró en una tienda alimentos típicamente terrestres. Una hora más tarde estaban en el interior de la nave de Nharda.



El joven se ocupó de preparar el almuerzo.

—Hemos de esperar a que sea de noche. Entonces iremos a hablar con mi amigo el abogado.

—¿Qué le dirás? —preguntó la muchacha.

—En primer lugar le contaré lo que pasa. Luego, lógicamente, le pediré su consejo.

—Espero que sepa aconsejarte bien —deseó ella.

—Mi delito tenía que ser juzgado por Bekargyll. El juez había dictado la sentencia de antemano, apenas tuvo la denuncia sobre su mesa. Parbodle no pudo hacer nada.

—Comprendo. Pero, ¿era legal la decisión del juez?

—La pena de destierro a Maxfel se instauró hará unos treinta años. Apenas se había aplicado, sin embargo; los casos en que se condenó al destierro fueron escasísimos y siempre de seres que habían cometido delitos muy graves, pero que no tenían nada que ver con el derecho a opinar libremente sobre cualquier cosa. Sólo ha sido en los últimos tiempos cuando Bekargyll empezó a enviar gente a Maxfell, por el solo hecho de discrepar de su política.

—Brooke, un juez no puede dictar esa clase de sentencias si no le apoya alguien situado en un lugar muy elevado —dijo Nharda.

—¿Para qué necesita Bekargyll el apoyo de nadie? Tiene prestigio, influencias y el nombramiento le confiere una autoridad prácticamente ilimitada. ¿Sabes lo que decía la acusación que formularon contra mí? Escucha esto: «Conspiración para derribar el gobierno por la violencia.» Se inventaron hechos que no había cometido, se falsearon pruebas... y así fui a parar a Maxfel. Lo mismo que Daroo y la pobre Olivia, y muchos otros.

—Bekargyll está ayudado, supongo, por dos secuaces que obedecen

ciegamente sus órdenes, Vtarr y Nillmo.

—Exactamente. Por si fuera poco, el tribunal que preside Bekargyll tiene asignados unos fondos poco menos que ilimitados. Por tanto, puede gastar sin freno y comprar conciencias y ablandar voluntades de por sí poco firmes.

—A pesar de todo, no entiendo cómo ha llegado a semejante posición, Brooke —dijo la muchacha.

—Es muy amigo del actual presidente y le ayudó enormemente en su campaña política. El presidente, claro está, le recompensó con este puesto, que debía haber sido otorgado a un hombre íntegro y honesto y no a un sujeto que no conoce la palabra moral ni sabe lo que son escrúpulos ni remordimientos de conciencia. El cargo de juez es el último peldaño que le falta para llegar a la presidencia... y si lo consigue, ¡que Dios se apiade de nosotros!

—Sería terrible, en efecto.

—Dudaremos de haber nacido en la Tierra, Nharda.

Hubo un instante de silencio. Luego ella hizo un gesto con la cabeza.

—En Baryl también pasan cosas raras a veces, aunque nunca había oído nada semejante —dijo al cabo—. En fin, supongo que debe de tratarse de crisis que ocurren en todo planeta habitado. Pasado un tiempo se solucionan esas crisis y las aguas vuelven a su cauce.

—Aquí costará mucho, suponiendo que lo consigamos —dijo Fax con acento lleno de pesimismo.

Ella puso una mano sobre su brazo y le dirigió una mirada de simpatía.

—Lo conseguirás y volverás a sentir el orgullo de ser terrestre —aseguró.

* * *

—Es terrible —dijo Sixtus Parbodle aquella misma noche, cuando Fax le hubo enterado de todo lo ocurrido—. Nunca me imaginé que pudieran ocurrir cosas semejantes.

—Todo lo que te hemos contado es rigurosamente cierto —contestó el joven—. No nos hemos inventado nada, puedes tener la seguridad, Sixtus.

—Ese hombre es un peligro público —terció Nharda—. Perdonen que diga una cosa semejante; como extranjera debería ser neutral, pero creo que no obraría bien si me quedase quieta.

—A ti no te concierne esto —dijo Helga Parbodle.

—Perdona, pero estás en un error. Los hechos que se producen en un planeta son conocidos en los demás, tarde o temprano. Si son sucesos de los que se deriva un bien, no tiene importancia; al contrario, conviene imitarlos. Pero cuando ocurren cosas como las que tienen como protagonista a un desalmado, es preciso luchar para remediar la injusticia. No me gustaría que un día un juez barylita pudiera condenarme a la pena de destierro en Maxfel —manifestó Nharda con gran vehemencia.

—Te lo has tomado muy a pecho —dijo.

—Cuando me robaron la nave, los ladrones eran gente que podríamos llamar vulgar. También en Baryl se producen hechos semejantes, no tengo por qué negarlo. Pero nunca se dio el caso de que un juez condenase a un barylita a vivir desterrado eternamente del lugar en que había nacido. En estos casos no hay terrestres ni barylitas, sino simplemente ciudadanos de la Galaxia.

Parbodle aplaudió con fuerza.

—¡Bravo, Nharda! —exclamó—. Estamos contigo, no lo dudes. Y ahora, Helga querida, ¿por qué no sirves a la mesa?

—Oh, sí, claro, con mucho gusto.

Fax se puso en pie.

—Sixtus, querría hacer una llamada por videófono —solicitó.

—Ve a mi despacho —contestó el abogado—. Así podrás hablar con toda discreción.

—Gracias. ¿No quieres saber con quién voy a hablar?

Parbodle sonrió maliciosamente.

—Con Tilly Ratighan, supongo.

—Oh, eso quedó atrás hace mucho tiempo.

Fax abandonó la sala. Parbodle miró a la muchacha.

—Tilly y Brooke eran grandes amigos, en tiempos —aclaró.

—Siguen siéndolo, me imagino —dijo ella.

—Pregúntaselo a Brooke cuando vuelva. Nharda.

—No, gracias; son asuntos Íntimos y yo no tengo por qué entrometerme en ellos.

Mientras, Fax tenía a la vista el simpático rostro de Mattie Quirlin.

—Estamos en casa de mi abogado —dijo—. ¿Ha hablado con Rosalee?

—Sí. La pobre está deshecha como puedes suponerte...

—Lo siento terriblemente. Me gustaría asistir al entierro de Kyril, pero ya se lo imagina, no me será posible.

—No te preocupes, muchacho. Por cierto, tengo algo interesante que decirte, pero preferiría hacerlo personalmente.

—No se fía del videófono —adivinó el joven.

—A veces pasan cosas raras...

—Entiendo. Iremos a verla después de cenar, Mattie.

—Gracias, Brooke.

Fax cerró la comunicación y regresó a la sala.

—¿Tilly? —sonrió Parbodle.

—No, era otra persona.

Parbodle llenó dos copas de vino y las ofreció a sus invitados. Fax se llevó la suya a los labios.

El vino tenía un gusto exquisito, aunque le pareció demasiado dulce. De repente, rememoró un sabor que no era terrestre.

Nharda bebió media copa. Fax se movió bruscamente y derribó la suya.

—Oh, qué torpe soy...

—No te preocupes —dijo el abogado—. Te la llenaré otra vez.

—Gracias, Sixtus.

De repente, Nharda lanzó un pequeño grito y cayó del diván al suelo.

Parbodle lanzó una exclamación de asombro.

—¿Qué le ocurre?

Fue a arrodillarse junto a Nharda, pero Fax le apartó violentamente.

—¡No la toques, Sixtus! —gritó.

El abogado se volvió, mirándole con ojos de sorpresa.

—Brooke, ¿qué te sucede? —preguntó.

En aquel instante llamaron a la puerta. Fax se inclinó y levantó a la muchacha en brazos.

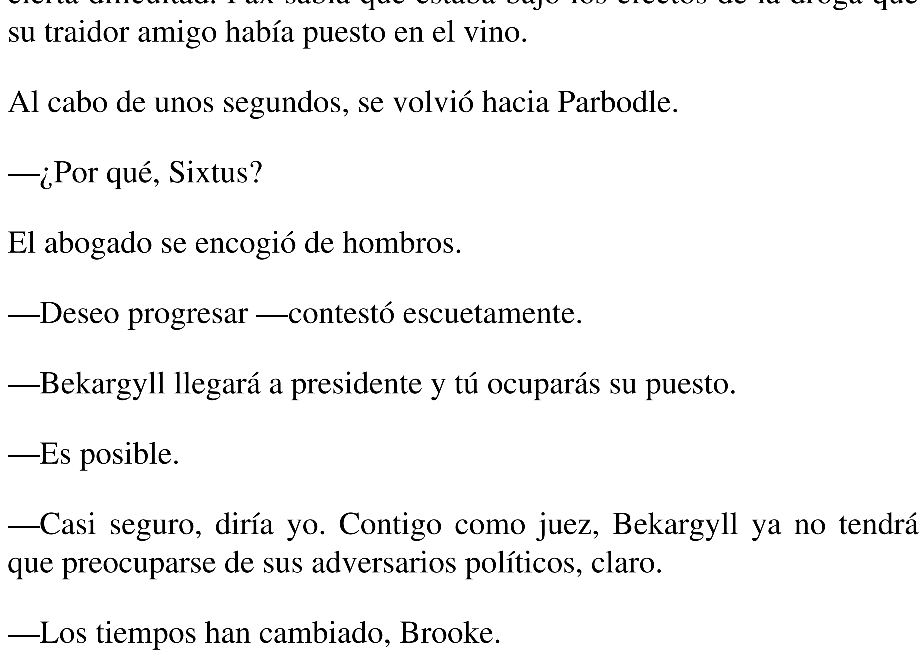
Parbodle abrió. Las figuras de dos hombres, vestidos con un sombrío uniforme de color marrón oscuro, se recortaron en el umbral.

La mano del abogado se tendió hacia sus invitados.

—Ahí los tiene, capitán Vtarr —dijo.

CAPITULO IX

Los duros ojos del capitán Vtarr se clavaron en el rostro del joven. Fax permanecía inmóvil, sosteniendo en brazos a Nharda, cuya cabeza se apoyaba en su hombro izquierdo.



El brazo de la joven pendía inerte. Estaba muy pálida y respiraba con cierta dificultad. Fax sabía que estaba bajo los efectos de la droga que su traidor amigo había puesto en el vino.

Al cabo de unos segundos, se volvió hacia Parbodle.

—¿Por qué, Sixtus?

El abogado se encogió de hombros.

—Deseo progresar —contestó escuetamente.

—Bekargyll llegará a presidente y tú ocuparás su puesto.

—Es posible.

—Casi seguro, diría yo. Contigo como juez, Bekargyll ya no tendrá que preocuparse de sus adversarios políticos, claro.

—Los tiempos han cambiado, Brooke.

—Los tiempos no han cambiado, Sixtus. Siguen existiendo los canallas y los traidores. ¿Eres terrestre?

—¿Qué importa eso ahora? —respondió Parbodle orgullosamente.

—Puede que no te importe... ahora, pero más adelante quizá sí te importe mucho. Tal vez estos momentos eras sincero y honesto. No te culparé de las muertes sucedidas en Maxfel, porque no tengo la seguridad de que hayas tomado parte en ello, como el juez Bekargyll. Pero sí te acuso de complicidad en la muerte de Kyrill Shadd. Tú no lo mataste, pero es lo mismo que si hubieras empuñado el arma

homicida.

—No he tenido nada que ver con ese suceso...

—Ahora sí, ahora ya tienes que ver, y mucho, con ese asesinato. Al traicionarme a mí te conviertes en cómplice de los asesinos de Kyril.

Se oyó un fuerte carraspeo.

—Dispensen —intervino el capitán Vtarr—. No quisiera ser descortés, pero creo que esa discusión puede aplazarse para otro momento más propicio.

—Sí, la aplazamos —convino el joven.

—Definitivamente —dijo Parbodle.

—Puede que tengas razón; no vale la pena seguir discutiendo con un traidor. —Fax se volvió hacia el oficial—. Capitán. ¿qué piensan hacer con nosotros? —inquirió.

Vtarr le dirigió una mirada inexpresiva. Parbodle dio un paso hacia adelante.

—¡Aquí no. capitán! —exclamó.

Fax sonrió desdeñosamente.

—¿Temes que la alfombra se manche de sangre? Perdón, olvidaba que las pistolas térmicas matan sin producir hemorragia.

—Vamos, Fax —gruñó Vtarr.

—Capitán, ¿ha jugado usted alguna vez a ese juego de «¿a que no me pillas?». Cuando era niño, por supuesto. ¿Lo recuerda?

—No puede fugarse. No tiene escapatoria.

—¿De veras?

—Si intenta gastarme una jugarreta...

—¿A que no me pilla, capitán?

La mano derecha del joven se apoyó en la hebilla de su cinturón. Con la izquierda sujetaba firmemente a Nharda. que apenas empezaba a recobrarse.

Vtarr sacó su pistola térmica, pero se encontró con que ya no tenía un blanco contra el que disparar una descarga mortal.

Parbodle abrió la boca estúpidamente.

—¿Qué ha pasado aquí?

—¿Dónde diablos está ese hombre? —vociferó el policía.

La desaparición de Fax y la muchacha había sido instantánea, y ninguno de los presentes sabía explicarse aquel inaudito suceso.

Helga llegaba en aquel momento con una sopera humeante en las manos y se detuvo al ver a tres hombres completamente desconcertados.

—Pero, ¿qué ha ocurrido aquí?

—Nada —contestó su esposo malhumoradamente.

—Fax y la chica se han largado —rezongó Vtarr.

Una sonrisa apareció en los labios de la señora Parbodle.

—Si quieren que les diga la verdad, me alegro de que no hayan podido atraparles —exclamó—. Y en cuanto a ti, Sixtus, el hecho de que seas mi esposo no te confiere inmunidad contra mi desprecio.

—¡Helga! —gritó el abogado:

Ella miró un instante la sopera que tenía en las manos.

—Está demasiado caliente y no quiero abrasarte, pero es lo menos que te merecías por Haber traicionado a un amigo —dijo—. En cuanto a usted, capitán, si no se larga inmediatamente de mi casa, le tiraré a la cara el contenido de esta sopera.

Vtarr emprendió una poco honrosa retirada.

—Le veré mañana, abogado —se despidió precipitadamente.

—Sí, le verá usted, capitán, y conseguirá más que yo, porque me marcho ahora mismo de ésta casa y no pienso volver en todos los días de mi vida —declaró apasionadamente la señora Parbodle—. Traicionar a un amigo, Sixtus... No podías haber caído más bajo, te lo aseguro.

Parbodle, avergonzado, bajó la cabeza. No sabía qué decir.

* * *

Mattie Quirlin parpadeó atónita- al ver aparecer a Fax, con Nharda en brazos.

—¡Dios de Abraham! —exclamó—. ¿De dónde habéis salido, muchachos?

—Se lo explicaremos en otro momento, Mattie —contestó Fax, a la vez que depositaba a Nharda en un diván—. ¿No tiene por ahí un poco de café?

—Sí, claro. Se lo pediré a mi sobrina Rosalee. Está conmigo; por eso te dije antes que quería hablar contigo en persona.

Una hermosa joven apareció a los pocos instantes. En el rostro de Rosalee Quirlin había una expresión de pena infinita.

—Hija, éste es Brooke Fax —presentó la anciana—. Ella es Nharda, su amiga. No sé qué le pasa, pero parece que no se encuentra bien.

Rosalee estrechó la mano del joven. Luego se arrodilló junto a Nharda

y tomó su muñeca.

—Parece como si se hubiera embriagado —dijo.

—Ha tomado una droga, mezclada con el vino que nos ofrecieron. No es un narcótico estrictamente hablando, aunque en ella ha producido ese efecto de sopor que la hace estar sumida en la inconsciencia.

—Mi sobrina es médico —dijo Mattie orgullosamente.

—Es una intoxicación leve —diagnosticó Rosalee—. Sí, le conviene tomarse un par de tazas de café. Será más que suficiente.

La joven se incorporó.

—En seguida vuelvo —dijo.

Mattie llenó una copita y se la entregó a Fax.

—Te sentará bien, muchacho, y no contiene ninguna droga —sonrió.

—Gracias, Mattie. ¿Qué ha dicho Rosalee cuando se enteró de la triste noticia?

—Imagínate. Sin embargo, creo que no le pilló de sorpresa del todo.

—¿Esperaba que le ocurriese algo a Kyril?

—Parece que el muchacho le habló de sus temores.

Rosalee llegó en aquel momento con una bandeja en las manos.

—Kyrill temía que le sucediera algo. Por eso me entregó unos documentos que, por fortuna, no han podido ser destruidos.

—Si alguien se entera de la existencia de esos documentos, usted puede pasarlo muy mal, Rosalee —dijo Fax.

—Por ahora no lo sabe nadie. Además, están depositados en una caja

fuerte.

Rosalee hizo que Nharda bebiese un par de tazas de café. La muchacha empezó a reaccionar lentamente.

—Pronto estará completamente bien —aseguró Rosalee—. Brooke. ¿Cuáles son tus planes para luchar contra Bekargyll?

—No puedo hacer nada sin antes conocer todas las circunstancias del caso —respondió el joven.

—Brooke, ¿recuerdas el hombre de negocios que no sentía ninguna simpatía por Bekargyll y que, sin embargo, se sintió arrebatado por su discurso? —preguntó ¡a anciana.

—Sí, usted me lo dijo esta mañana.

—Se llama Forrest de Forest. y es primer vicepresidente del Banco Central de la Tierra.

—Ah —murmuró el joven—. Quizá al señor De Forest le interese la noticia que tengo que darle... Pero dejemos esto para más adelante. ¿Qué sucede con ese hombre de negocios?

—De Forest recelaba algo extraño en lo que le ocurrió. Al día siguiente volvió al local donde se había celebrado el acto. Dio una buena propina al jefe de camareros y consiguió que éste le entregase una botella de vino, parcialmente consumida, del que se había servido durante la cena.

—Había una droga en el vino, una especie de narcótico que anulaba en parte la voluntad del que lo ingería —explicó Rosalee—. De este modo, todos los asistentes al acto se sintieron atraídos hacia el juez Bekargyll. Naturalmente, la prensa y la televisión informaron del acto y hablaron del entusiasmo de todos los presentes hacia el juez.

—A eso se le llamaba antiguamente lavado de cerebro —dijo Fax pensativamente.

—Es una definición que sigue plenamente vigente —convino Rosalee —. Abreviando, De Forest encargó a Kyrill que

analizase el vino y mi prometido encontró la droga. Pero como había recibido un par de amenazas anónimas, indicándole la conveniencia de abandonar el caso, me entregó los resultados de los análisis. El temía que se los robasen, pero nunca pudo imaginarse que podrían asesinarlo —concluyó la joven tristemente.

—En resumen, Bekargyll consiguió la adhesión de dos mil importantes hombres de negocios, merced al engaño que supone la utilización de una droga.

—Exactamente.

— Y esos hombres de negocios no pueden desdecirse ahora de lo que hicieron, porque se verían en ridículo.

—Así es, Brooke. Suponiendo que sepan realmente lo que les sucedió.

—Pero, ¿cómo pudo De Forest imaginarse que había trampa?

—Muy sencillo —intervino Mattie—. De Forest es un hombre que ha dicho siempre que ni en sueños votaría a Bekargyll ni siquiera para un puesto de barrendero. Como le extrañó haberle aplaudido tanto y haberle prometido su apoyo en las próximas elecciones, empezó a pensar que había pasado algo extraño. Y llegó al resultado que ya conoces.

—¿Sabe De Forest lo que ha pasado? —preguntó el joven.

—Sí, ya he hablado con él esta noche —respondió Rosa-lee—. Se lo he contado todo, aunque me parece que no conseguirá nada.

—¿Por qué?

—El presidente actual está ciego por Bekargyll. Prácticamente, es un monigote en sus manos y no tolera la menor crítica contra el juez. Ya

ha destituido a un par de ministros por esa causa. Yo diría que Bekargyll lo tiene sometido plenamente a su voluntad, por algún medio que no alcanzo a imaginarme.

—Quizá lo ha drogado también —apuntó el joven.

—Es posible. De todos modos ya queda poco tiempo para las elecciones. Si no solucionamos este problema pronto, acabaremos bajo la tiranía de Bekargyll. Te aseguro que si eso llega a suceder, no merecerá la pena ser terrestre.

—Volveremos a sentir el orgullo de llamarnos terrestres... con permiso de los nativos de Baryl —dijo Fax sonriendo, porque Nharda ya abría los ojos—. ¿Cómo te sientes, preciosa?

Nharda se pasó una mano por la frente.

—¿Quién me ha dado con un martillo pilón en la cabeza?

El joven se echó a reír.

—Había droga en el vino que nos sirvió mi traidor amigo el abogado —explicó—. Y por cierto, ese vino tenía un cierto regusto a manzana maxfeliana. ¿De dónde diablos habrán sacado esa droga?

—Brooke —llamó la anciana.

Fax se volvió.

—¿Sí, Mattie?

—¿Por qué no vas mañana a la Biblioteca Mundial y consultas los periódicos del año dos mil quinientos quince?

—¿Qué sucedió ese año?

—Busca el mes de octubre y tendrás la respuesta.

—Muy bien, así lo haré. Otra cosa, Mattie, usted me prometió antes

contarme el secreto del juez Bekargyll.

—Cuando hayas leído los periódicos mencionados, te diré el resto.

—Perfectamente.

Fax dirigió una mirada a Rosalee.

—Siento lo ocurrido terriblemente —dijo—. Me gustaría asistir al funeral por el pobre Kyril, pero tú comprendes mi situación, supongo.

—No te preocupes. Brooke.

—Gracias. Ah, una pregunta. ¿Podrías conseguirme una entrevista con De Forest?

—Creo que sí. ¿Cómo te doy la respuesta?

Fax vaciló un instante. Nharda levantó una mano.

—Rosalee...

—Dime, por favor.

—Anota el número que te voy a dar —dijo la muchacha—, Podrás llamarme siempre que quieras y sin temor a que la comunicación sea interferida.

— De acuerdo. Empieza cuando gustes.

Rosalee tomó lápiz y papel. Nharda recitó un número de diecisiete cifras. \

—Muy largo —comentó—. ¿Dónde está ese videófono?

—A bordo de mi nave —respondió Nharda.

Rosalee sonrió.

—Supongo que es inútil que pregunte dónde está tu nave —dijo.

—Aunque te lo indicase, no sabrías encontrarla —repuso la muchacha —. Brooke. ya me siento bien del todo. Podemos marcharnos cuando quieras.

—Desde luego. Mattie. Rosalee... no sé cómo darles las gracias —dijo Fax.

—Me bastará ver cómo hundes a Bekargyll y a todos sus secuaces — contestó la señora Quirlin.

CAPITULO X

Era ya mediodía cuando Fax regresó a la nave. Había avisado previamente a Nharda y la muchacha hizo que el aparato se volviera visible durante unos instantes. Luego volvió a conectar el mando de invisibilidad, que les aseguraba una protección absoluta.

—¿Y bien? —dijo.

—En octubre de dos mil quinientos quince, Edgar Mallythor Bekargyll era un comandante de astronave, al que se atribuye el descubrimiento del planeta que luego fue llamado Maxfel. Bekargyll capitaneaba una expedición que permaneció casi un año en Maxfel. Tuvieron tiempo de sobra para averiguar muchas cosas de las que hay en aquel planeta. Supongo que fue entonces cuando Bekargyll descubrió aquellas malditas manzanas.

»A su regreso faltaban once miembros de la tripulación. Bekargyll declaró que las muertes se habían producido por una intoxicación alimenticia, debido a causas fortuitas. La comisión encargada de la investigación dictaminó a Bekargyll libre de culpa, aunque le retiró la patente de capitán de astronave. A partir de entonces, fue cuando Bekargyll se dedicó a la política.

—De eso hace ya unos veinte años, porque estamos en dos mil quinientos treinta y cuatro.

—En efecto. Puesto que la estancia de Bekargyll en Maxfel duró casi un año, es de suponer que tuviera tiempo más que sobrado para averiguar qué había causado las muertes de sus tripulantes. Cuando alcanzó el puesto que ahora ostenta, se acordó de ello y empezó a enviar a Maxfel a sus enemigos políticos. La intoxicación de sus tripulantes fue debida, según su informe, a alimentos envasados en malas condiciones. No hubo quien rebatiera este extremo, porque los que podían decir algo callaron por propia conveniencia.

—¿Quiénes más lo sabían, Brooke? —inquirió Nharda. Fax sonrió

levemente.

—Parece ser que Bekargyll ya había actuado algo en política y tenía ambiciones al respecto. Los únicos supervivientes, además de él, eran jóvenes y también muy ambiciosos. Ahora se llaman capitán Vtarr y sargento Nillmo. Más el médico de a bordo, doctor Garwick.

Nharda emitió una interjección de asombro. —Sus más fieles esbirros —dijo.

—Bekargyll aspira al puesto de presidente. Imagínate quiénes estarán a su lado, como hombres de confianza, en puestos muchísimo más elevados de los que tienen en la actualidad.

—Le ayudarán al límite de sus fuerzas, llegando al crimen si es necesario.

— Ya han llegado, Nharda.

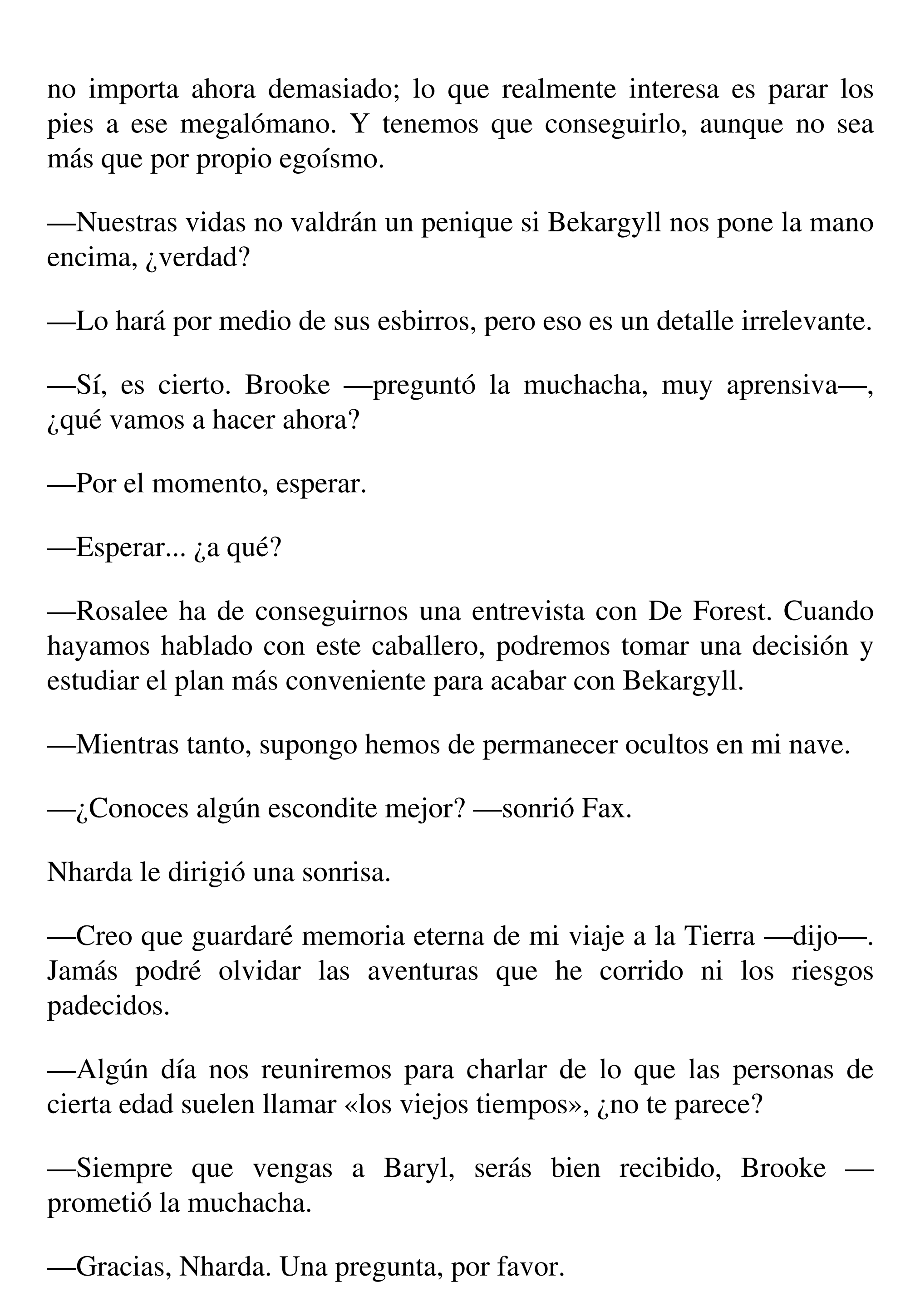
La joven hizo un gesto de aquiescencia.

—Asesinaron a Shadd, precisamente para evitar que divulgase el secreto del vino drogado.

—Exactamente. Es de suponer que, de una forma u otra, Bekargyll ha importado manzanas venenosas de Maxfel. Muy posiblemente, ha conseguido extraer la sustancia narcótica, y no habrá necesitado conseguir el alcaloide por métodos de laboratorios. Yo también podría drogar el vino y cualquier bebida, si me lo propusiera, y, por supuesto, teniendo manzanas a mi disposición. —¿Cómo, Brooke?

—Por el muy sencillo procedimiento de exprimir las manzanas y obtener su jugo.

—Es verdad —reconoció Nharda—. Sin embargo, y aunque se haya traído, por medios que ahora no importan, un saco de esas frutas, al cabo del tiempo se estropearán... —Quizá el jugo puede conservarse en frascos cerrados, y seguramente también en un frigorífico. Pero eso



no importa ahora demasiado; lo que realmente interesa es parar los pies a ese megalómano. Y tenemos que conseguirlo, aunque no sea más que por propio egoísmo.

—Nuestras vidas no valdrán un penique si Bekargyll nos pone la mano encima, ¿verdad?

—Lo hará por medio de sus esbirros, pero eso es un detalle irrelevante.

—Sí, es cierto. Brooke —preguntó la muchacha, muy aprensiva—, ¿qué vamos a hacer ahora?

—Por el momento, esperar.

—Esperar... ¿a qué?

—Rosalee ha de conseguirnos una entrevista con De Forest. Cuando hayamos hablado con este caballero, podremos tomar una decisión y estudiar el plan más conveniente para acabar con Bekargyll.

—Mientras tanto, supongo hemos de permanecer ocultos en mi nave.

—¿Conoces algún escondite mejor? —sonrió Fax.

Nharda le dirigió una sonrisa.

—Creo que guardaré memoria eterna de mi viaje a la Tierra —dijo—. Jamás podré olvidar las aventuras que he corrido ni los riesgos padecidos.

—Algún día nos reuniremos para charlar de lo que las personas de cierta edad suelen llamar «los viejos tiempos», ¿no te parece?

—Siempre que vengas a Baryl, serás bien recibido, Brooke —prometió la muchacha.

—Gracias, Nharda. Una pregunta, por favor.

-¿Sí?

—Dime, tu viaje a la Tierra, ¿era oficial? ¿Alguna misión por cuenta de tu gobierno?

—Es un viaje particular, aunque con la anuencia del gobierno y con una subvención también, porque se trata de un asunto de cultura.

—Ah, te enviaron a estudiar la cultura terrestre.

Nharda sonrió enigmáticamente.

—En cierto modo, así podría definirse —respondió—. Bien, ¿qué te parece si preparo el almuerzo?

—Una idea estupenda —aprobó el joven.

Permanecieron el resto del día en el interior de la nave. Al atardecer, se oyó el zumbido de llamada de un videófono.

Nharda dio el contacto. El rostro de Rosalee apareció de inmediato en la pantalla.

—De Forest os recibirá hoy, a las diez de la noche, en su residencia particular —anunció la joven.

—Dime el emplazamiento de esa residencia, por favor —pidió Fax.

—Lateral Norte Gran Parque, Círculo Treinta y Dos, cuadrícula once.

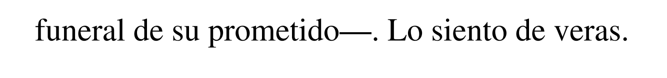
—Gracias, Rosalee.

—¿Conoces la zona, Brooke?

—He pasado alguna vez por allí. Es el lugar apropiado para la residencia de un hombre tan importante como De Forest.

—Le he anticipado algo. Está ansioso por conocer detalles.

—Le daremos detalles, no te preocupes. —Fax apreció que Rosalee llevaba todavía ropas de luto y supuso que acababa de regresar del


funeral de su prometido—. Lo siento de veras.

—Gracias, Brooke.

Rosalee cortó la comunicación. Fax se volvió hacia la muchacha.

—¿Querrás acompañarme a ver a De Forest? —invitó.

—No me perdería esa entrevista... ni por los cien millones

de moneda T.G. que guardamos a bordo —sonrió Nharda.

* * *

Forrest de Forest era un hombre de unos cincuenta años, alto, fornido, de rostro granítico y abundante cabellera gris. Los ojos del hombre de negocios eran fríos como el hielo, pero podían suavizar su brillo cuando llegaba la ocasión.

De Forest escuchó sin pestañear el relato que Fax le hizo de todas sus andanzas y el descubrimiento que había hecho sobre el pasado de Bekargyll, sin olvidar el importantísimo detalle que le había contado Mattie Quirlin.

Pero el hombre se estremeció violentamente al escuchar el asombroso secreto revelado por Mattie.

—Resulta difícil de creer...

—La señora Quirlin asegura tener las pruebas necesarias —dijo el joven firmemente.

De Forest meneó la cabeza.

—Sabía que Bekargyll era un hombre ambicioso, pero jamás imaginé que su ambición le llevase a cometer un crimen tan execrable. Si eso se demuestra, puede acabar en la cárcel por el resto de sus días.

—En realidad, se trató más bien de un accidente, señor, pero Bekargyll

aprovechó la ocasión para llevar a efecto un plan que, suponemos, se le ocurrió en aquel momento. Ahora bien, lo interesante sería buscar una ocasión propicia para desenmascararlo de forma que no pueda evitarlo y, a ser posible, ante el mayor número de personas.

—Nosotros habíamos pensado en una emisión de televisión —intervino la muchacha.

—No, no conseguirían el acceso a los estudios —contestó De Forest—. Aunque si se podrá divulgar a todo el mundo por medio de la televisión.

—¿Cómo, señor? —inquirió Fax.

—La semana próxima se celebrará una reunión de tipo político, en el Lateral Nordeste de esta zona. Se calcula que asistirán entre treinta y cuarenta mil personas. Es una fiesta preparada por la organización política a la que pertenece el juez. Naturalmente, el acto será retransmitido por las cámaras de televisión y habrá atracciones diversas y se servirán refrescos sin alcohol. Están preparando varios tanques gigantescos, de los que manarán fuentes en las que todo el mundo podrá beber sin límite.

—¿Ha dicho tanques de refrescos? —exclamó Fax.

—Sí, cuatro, de veinte mil litros cada uno, situados en distintos puntos del lugar de la fiesta. Cada tanque dará origen a una veintena de fuentes, de modo que todo el mundo podrá saciar su sed sin agobios.

—Señor De Forest, usted se extrañó enormemente de sentirse atraído por un hombre al que detesta, ¿verdad?

—Ahora ya sé lo que me sucedió —contestó el hombre de mala gana—. Pero, ¿cómo podía imaginarme que Bekargyll recurriese a un truco tan sucio?

—Es lo mismo que piensa hacer el día de la fiesta.

Hubo un momento de silencio. Luego, De Forest dijo:

— Ese hombre es capaz de todo. Muchacho, si la gente empieza a beber refrescos drogados, Bekargyll no podrá ya ser detenido. ¿Cómo conseguiríamos evitarlo?

—Si me lo permite, señor, yo tengo el medio para evitar que la gente beba de esos refrescos —dijo Nharda.

—¿Piensa usted vaciar los tanques antes de que nadie pruebe una sola gota? Bekargyll no es tonto y habrá montado una fuerte guardia en torno a cada tanque.

—No tendré necesidad de reventar ningún tanque para evitar que se tome una sola gota de su refresco —aseguró la muchacha.

—Muy bien, si usted lo dice debo creerla. Por supuesto, yo asistiría a la fiesta.

— Y usted será quien arranque la máscara del juez —dijo Fax.

De Forest pareció sorprenderse por aquella propuesta.

—¿Yo? ¿Por qué? —preguntó.

—Usted es un personaje de prestigio. ¿Quién me creería a mí, un hombre del montón, un tipo completamente vulgar y que, además, fue desterrado porque sus ideas políticas no coincidían con las del juez?

—Es verdad —asintió De Forest—. De acuerdo, yo daré el golpe final delante de cuarenta mil personas. ¿Algo más, muchachos?

—Sí, señor. Sabemos que robaron cien millones de billetes recién emitidos por el Banco Central.

De Forest hizo una mueca de rabia.

—Es algo que no he acabado de entender bien del todo —contestó—. Teóricamente, el dinero estaba seguro, pero los ladrones se lo llevaron

con pasmosa facilidad, aunque luego pudieron ser localizados. Sin embargo, la policía no consiguió darles alcance.

—No. no fueron alcanzados —convino Fax.

—He estado pensando mucho en ese asunto y a veces sospecho, incluso, que Bekargyll tuve mucho que ver con el robo de los cien millones.

—¿Por qué tendría que arriesgarse a un asunto semejante, si puede llegar un día al puesto más elevado del planeta? —se extrañó Nharda.

—Bien, un político debe tener presentes todas las posibilidades, incluyendo la de su derrota en una confrontación electoral. Bekargyll podría resultar derrotado y entonces tendría que dimitir de su puesto de juez. Ahora ya no podría seguir con un nuevo presidente, al cual según parece domina merced a la droga. Por tanto, cien millones le asegurarían un retiro cómodo y sin problemas económicos, aunque tuviera que repartir la mitad con sus cómplices.

—Es muy posible, en efecto —admitió Fax—. Sobre todo si se piensa que los ladrones no fueron alcanzados por la policía. Acaso el capitán Vtarr y el sargento Nillmo tuvieron mucho que ver con la fácil fuga de los ladrones.

—Sí, ahora recuerdo: Vtarr y Nillmo dijeron haberlos localizado y salieron en su persecución, pero regresaron poco después, diciendo que habían perdido la pista.

—Todo encaja, señor —sonrió el joven—. Dígame, ¿ha prometido el banco alguna recompensa por el rescate de los cien millones?

—El uno y medio por ciento.

—Millón y medio.

—Exactamente. Oiga. Brooke, ¿es que sabe usted algo sobre el paradero de esos cien millones?

Fax hizo un gesto de asentimiento.

—Ese dinero de la recompensa me vendrá muy bien, sobre todo teniendo en cuenta que perdí mi empleo por culpa del juez Bekargyll —contestó, a la vez que se ponía en pie—. Nharda, ¿quieres ayudarme?

—Sí, Brooke, por supuesto.

De Forest, asombrado, vio a los dos jóvenes que se dirigían hacia la puerta de la sala. Fax la abrió y la muchacha se dispuso a salir, para recoger uno de los dos sacos que habían traído consigo y que estaban en el umbral.

Apenas había dado un paso en el exterior, Nharda vio algo que la hizo retroceder vivamente.

— ¡Brooke! ¡Hay alguien aguardándonos ahí afuera! —exclamó.

CAPITULO XI

La residencia de De Forest estaba rodeada por un bien cuidado jardín, iluminado por algunas lámparas situadas estratégicamente. Al fondo se divisaban un par de sombras que aguardaban en actitud expectante.

De Forest se acercó a una de las ventanas.

—Vtarr y Nillmo —identificó a los pocos instantes.

—Nos han seguido —adivinó Fax.

—Pero, ¿cómo? Si no sabían...

—Esos tipos son muy listos. Es posible que hayan intervenido el videófono de la señorita Quirlin —opinó De Forest.

—Sí, es muy posible —convino el joven—. A usted no le harán nada, porque es un personaje de prestigio, pero nosotros, en cuanto salgamos de aquí, lo pasaremos muy mal.

—No seas pesimista —dijo Nharda—. Yo tengo medios suficientes para deshacernos de ese par de gaznápiros. Incluso les voy a gastar una broma pesada.

—¿Qué piensas hacer?

—Ahora lo verás.

Después de saber que eran esperados en el exterior, habían vuelto a entrar en la casa. Nharda sacó el arma que tenía guardada en la funda que pendía de su cinturón.

—Tenemos psicopistolas —sonrió.

De pronto abrió la puerta con la mano izquierda y apuntó con la pistola hacia el fondo del jardín. El arma emitió dos destellos luminosos de poca intensidad.

Dos diminutos globos de luz volaron raudamente hacia los policías y explotaron silenciosamente en sus pechos. Vtarr y Nillmo se quedaron inmóviles en el acto.

— Ya está —dijo la muchacha.

—¿Qué pasará ahora? —quiso saber Fax, asombrado del enorme poder de aquellas armas.

—Permanecerán inmóviles, aunque conscientes, al menos durante una hora. Sin embargo, su mente es ahora propiedad de cualquiera que lo desee.

—¿Quieres decir que obedecerán cualquier orden que se les pueda dar?

—Exactamente, Brooke. Y por eso voy a gastarles una broma que no olvidarán mientras vivan. Entra los sacos con el dinero, por favor.

El joven obedeció. Nharda se encaró con De Forest.

—Necesito unos cuantos libros que no utilice, un par de docenas, por ejemplo.

—Sí, ahora mismo —accedió el dueño de la casa.

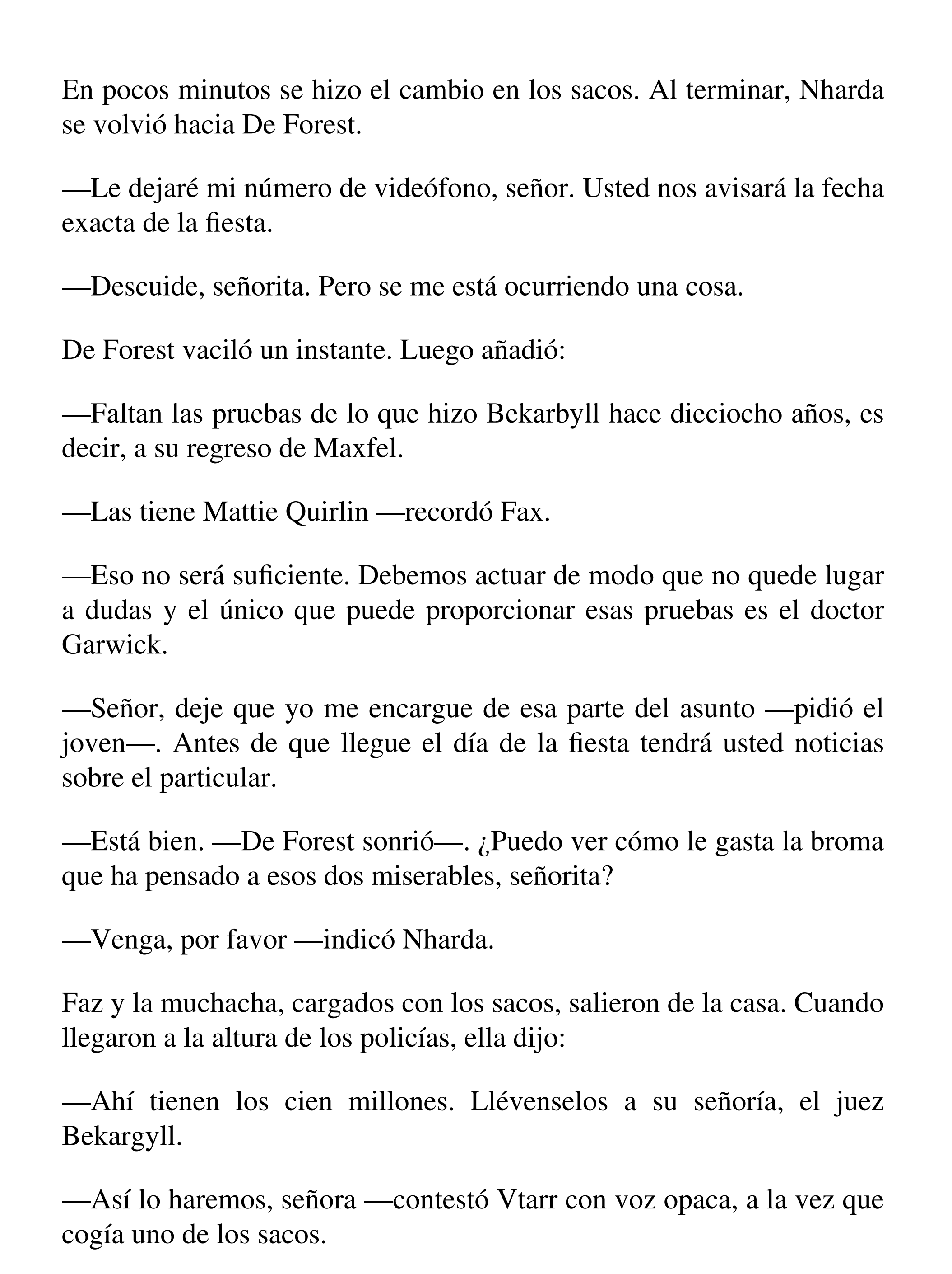
Los fajos de billetes quedaron sobre una mesa. De Forest sonrió al ver el dinero.

—El presidente dará saltos de alegría al saber que se han recuperado los cien millones —dijo.

—No se olvide de mi recompensa, señor —pidió Fax.

—En cuanto termine esto vaya a verme a mi despacho, joven. Le abriré una cuenta corriente por importe de un millón y medio de unidades de moneda T.G.

—Gracias, señor.



En pocos minutos se hizo el cambio en los sacos. Al terminar, Nharda se volvió hacia De Forest.

—Le dejaré mi número de videófono, señor. Usted nos avisará la fecha exacta de la fiesta.

—Descuide, señorita. Pero se me está ocurriendo una cosa.

De Forest vaciló un instante. Luego añadió:

—Faltan las pruebas de lo que hizo Bekarbyll hace dieciocho años, es decir, a su regreso de Maxfel.

—Las tiene Mattie Quirlin —recordó Fax.

—Eso no será suficiente. Debemos actuar de modo que no quede lugar a dudas y el único que puede proporcionar esas pruebas es el doctor Garwick.

—Señor, deje que yo me encargue de esa parte del asunto —pidió el joven—. Antes de que llegue el día de la fiesta tendrá usted noticias sobre el particular.

—Está bien. —De Forest sonrió—. ¿Puedo ver cómo le gasta la broma que ha pensado a esos dos miserables, señorita?

—Venga, por favor —indicó Nharda.

Faz y la muchacha, cargados con los sacos, salieron de la casa. Cuando llegaron a la altura de los policías, ella dijo:

—Ahí tienen los cien millones. Llévenselos a su señoría, el juez Bekargyll.

—Así lo haremos, señora —contestó Vtarr con voz opaca, a la vez que cogía uno de los sacos.

Nillmo se apoderó del otro. Luego, los dos hombres saludaron y se alejaron con paso rítmico.

—Parecen autómatas —dijo De Forest.

—Lo serán durante una hora, aproximadamente —aseguró Nharda.

Fax asió el brazo de la muchacha.

—Es hora de que regresemos —dijo.

—Instantáneamente, por supuesto.

—Claro.

De Forest parpadeó.

Fax y aquella hermosa muchacha habían desaparecido de su vista de forma repentina. Perplejo, se rascó la cabeza y murmuró:

—Esta juventud...

Luego respiró satisfecho, porque tenía la seguridad de que un ambicioso dispuesto a hacerse con un poder infinito iba a ser irremisiblemente derrotado.

Entró en su casa, muy optimista, y se sirvió una copa de coñac para celebrar por anticipado el derrumbamiento del tinglado que Bekargyll había montado durante tantos años.

Levantó la copa. A media voz, hizo un brindis:

—¡ Volveremos a ser terrestres!

* * *

Un par de noches más tarde dos sombras se deslizaron sigilosamente a lo largo de una fachada, hasta llegar a una puerta en la que se leía en letras negras, sobre una placa dorada:

Dr. E. F. GARWICK

—¿Qué pasará si se despierta? —preguntó Nharda, aprensiva.

Fax empezó a manipular en la cerradura con un destornillador.

—No haremos ruido —contestó.

—A pesar de todo...

—Preciosa, ¿para qué tienes la psicopistola?

—¿Crees que tendremos necesidad de utilizarla?

—Sácala, anda.

Fax soltó unos cuantos tornillos. Luego probó el pomo.

—Paso libre —susurró.

Con la mano izquierda sostenía una linterna. Al otro lado de la puerta había un gran vestíbulo. La casa era de estilo deliberadamente antiguo, aunque había sido construida recientemente.

—Parece que así impresiona más favorablemente a la clientela —dijo el joven—. Esto da la sensación de ser la residencia de un hombre enteramente dedicado a proporcionar el bien a sus semejantes.

—¿Lo hace, realmente? —dudó ella.

—Según se mire, Nharda.

—¿Cómo?

—Bueno, protege a Bekargyll, lo que es dañino. Pero cura a otras personas y eso es bueno.

—Si las cura, para que luego padezcan la opresión del juez...

—Anda, vamos; dejémonos ahora de cuestiones filosóficas.

Cruzaron el vestíbulo y se adentraron en una espaciosa habitación, en uno de cuyos lados había un gran archivador.

—Creí que tendría aquí su clínica— dijo la muchacha.

—No. Garwick recibe a los posibles pacientes en esta casa y realiza un estudio preliminar del tratamiento. Luego, si decide operarles, los interna en la clínica. Pero aquí guarda los historiales de todos sus clientes.

— Y nosotros buscamos...

—No sigas —sonrió él—. Buscamos ese que te imaginas.

Fax se detuvo ante el archivador, que tenía una pantalla en uno de sus lados.

—Me parece que no conseguiremos nada —apuntó Nharda, con acento pesimista.

—¿Por qué?

—Hay un ordenador y debe de funcionar mediante una clave, que sólo conoce su dueño.

—Muy cierto, señorita —sonó de pronto una voz extraña en el umbral de la estancia.

Nharda se volvió y lanzó un pequeño grito.

—El doctor Garwick, supongo —dijo Fax, sin volverse.

—Una frase célebre, aunque inapropiada en estas circunstancias —contestó el aludido—. Les advierto una cosa: tengo una pistola térmica en la mano.

—Con la que puede hacernos mucho daño, si...

—Si no me dicen inmediatamente qué es lo que buscan ' —respondió Garwick.

—Dinero, doctor.

—Eso no cuela. Estaban hablando de mi archivador.

—Hombre, es que en ese trasto debe de estar la cifra de su cuenta corriente —dijo el joven, obedeciendo a una súbita inspiración.

—Ah, de modo que era eso...

—¿Qué otra cosa había pensado usted, doctor? Sus pacientes no nos interesan en absoluto. Pero usted gana mucho dinero, ¿verdad?

—Cierto —admitió Garwick.

—Por tanto, si disponemos de la clave de su cuenta corriente, podemos ordenar una transferencia a la nuestra. Luego tiramos de talonario de cheques y... ¿Lo comprende ahora?

—Una jugada maestra, pero que no podrá llevarse a efecto, porque antes intervendrá la policía —aseguró el galeno.

Nharda se alarmó.

—¿Va a llamar a la policía, doctor?

—Mujer, no pensará que le voy a invitar a una copa...

—Si estuviera sola, tal vez —sonrió Fax.

—Es una chica muy bonita, en efecto.

Nharda empezó a desabrocharse la blusa.

—Estoy dispuesta a ser amable con usted, doctor.

—Puede tomar moldes de su pecho. No encontrará otro mejor

proporcionado, para fabricar senos artificiales a sus pacientes maduras y con dinero —sonrió Fax.

La atención de Garwick se centró en el pecho de Nharda, casi enteramente al descubierto. Entonces Fax, rápidamente, sacó la psicopistola y lanzó una descarga.

Garwick dejó de sentir interés en el acto por los encantos de la muchacha. Nharda emitió un hondo suspiro y empezó a abotonarse la blusa nuevamente.

—Has tenido una idea magnífica —dijo el joven—. ¿Cuándo me harás a mí una exhibición semejante?

—Tú no te dedicas a la cirugía estética —sonrió ella.

—Pero ver ciertos espectáculos me gusta mucho...

—Todavía no es tiempo, Brooke. Bueno, tenemos a Garwick a nuestra disposición. ¿Qué le vas a pedir ahora?

—Nharda, una pregunta. ¿Puedes conseguir que Garwick olvide nuestro encuentro?

—Sí, lo borraré de su mente.

—Estupendo.

Fax se acercó al médico, que permanecía inmóvil con los ojos muy abiertos, y le quitó suavemente la pistola que no había tenido tiempo de utilizar.

—¿ Doctor?

—¿Sí? —contestó Garwick con voz de autómata.

—Quiero que nos entregue todo lo referente al historial clínico del juez Bekargyll.

—Sí, ahora mismo.

Fax se volvió hacia la muchacha y le hizo un guiño. Ella le tiró un beso con la puma de los dedos.

CAPITULO XII

Había numerosos policías en la inmensa explanada en la que se iba a celebrar la reunión política. En uno de los lados se veía un enorme estrado, adornado con toda clase de colgaduras.

Un poco más allá estaba el tablado donde se situaría la banda de música. Bekargyll quería hacer las cosas un poco a estilo antiguo.

—Sabe que le gusta a la gente —murmuró Fax, sentado a la sombra de un árbol, junto a la muchacha.

—Es un hábil conductor de masas, pero, a pesar de todo, necesita de la droga.

—Millones de personas presenciarán este acto. Lo que hagan los asistentes será imitado por muchísima gente.

—Sí, claro, se convencerán de que nadie mejor que Bekargyll para ser el próximo presidente.

— Y después, la oscuridad sobre el planeta. En sentido figurado, claro.

Los tanques con los millares de refrescos se alzaban en las cuatro esquinas del campo. Había unos cestos enormes, con vasos de papel. Al pie de cada tanque se veía una hilera de grifos, que serían abiertos en el momento oportuno.

Los técnicos de la televisión daban los últimos toques a sus instalaciones. La gente empezaba ya a acudir al parque.

Los policías vigilaban cuidadosamente el recinto.

—Son gente de Vtarr, aunque, como puedes comprender, no es necesario que estén en el secreto de lo que ocurre —dijo Fax.

—Pero son hombres de su confianza.

—Es lógico, mujer.

A cada minuto que transcurría iban llegando más y más personas. La animación aumentaba por momentos.

Pasado un buen rato, Fax y Nharda abandonaron el lugar en que se encontraban. Ahora les convenía situarse cerca del estrado de los oradores, aunque en un punto discreto. Vtarr y Nillmo andarían con cien ojos buscándolos por todas partes y era preciso evitar un encuentro con los esbirros del juez.

A las diez de la mañana, el parque estaba completamente lleno. Alguien dio la orden de permitir la distribución de refrescos.

Fax y la muchacha cambiaron una mirada. Cientos de personas se precipitaron hacia las fuentes. Se abrieron cuatro llaves de paso.

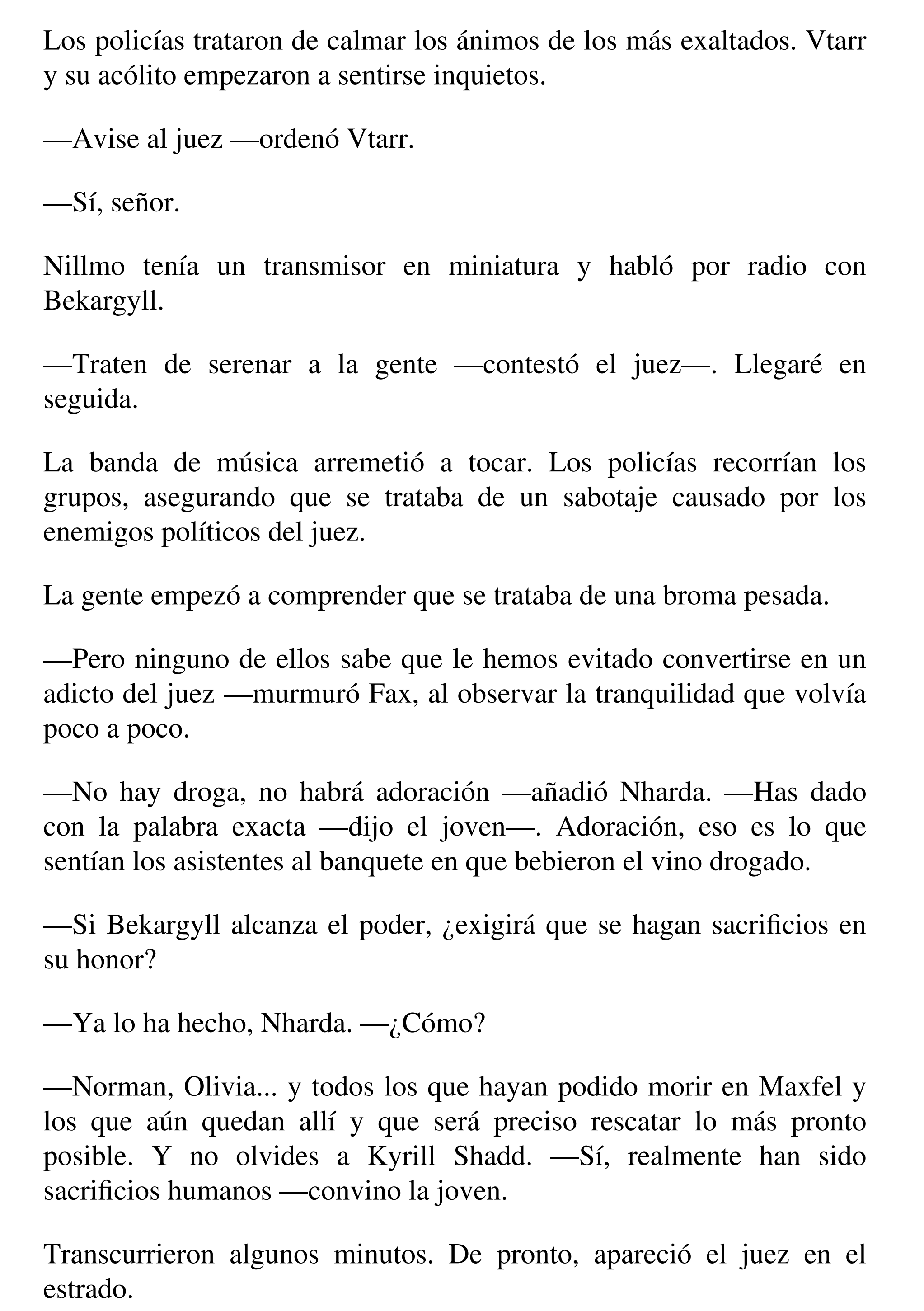
Ochenta manos, con ochenta vasos, se tendieron inmediatamente hacia otras tantas fuentes. Un grito de asombro brotó en el acto de multitud de gargantas.

El líquido que brotaba de los caños era completamente negro y despedía un olor realmente insoportable. Algunos de los presentes empezaron a vomitar.

Los ojos de Fax captaron la imagen de una joven que se hallaba en las inmediaciones. Rosalee Quirlin sonreía.

Ella era quien había preparado la sustancia que había dado color negro al refresco, así como el mal olor que empezaba a adueñarse del ambiente. Faz y Nharda habían operado durante la noche, vertiendo en cada tanque unos pocos litros del preparado que Rosalee había elaborado.

Los gritos de protesta empezaron a oírse por todas partes. Al darse cuenta de los que sucedía, los operadores de las cámaras de televisión enfocaron sus objetivos hacia los puntos donde se veía más agitación.



Los policías trataron de calmar los ánimos de los más exaltados. Vtarr y su acólito empezaron a sentirse inquietos.

—Avise al juez —ordenó Vtarr.

—Sí, señor.

Nillmo tenía un transmisor en miniatura y habló por radio con Bekargyll.

—Traten de serenar a la gente —contestó el juez—. Llegaré en seguida.

La banda de música arremetió a tocar. Los policías recorrían los grupos, asegurando que se trataba de un sabotaje causado por los enemigos políticos del juez.

La gente empezó a comprender que se trataba de una broma pesada.

—Pero ninguno de ellos sabe que le hemos evitado convertirse en un adicto del juez —murmuró Fax, al observar la tranquilidad que volvía poco a poco.

—No hay droga, no habrá adoración —añadió Nharda. —Has dado con la palabra exacta —dijo el joven—. Adoración, eso es lo que sentían los asistentes al banquete en que bebieron el vino drogado.

—Si Bekargyll alcanza el poder, ¿exigirá que se hagan sacrificios en su honor?

—Ya lo ha hecho, Nharda. —¿Cómo?

—Norman, Olivia... y todos los que hayan podido morir en Maxfel y los que aún quedan allí y que será preciso rescatar lo más pronto posible. Y no olvides a Kyrill Shadd. —Sí, realmente han sido sacrificios humanos —convino la joven.

Transcurrieron algunos minutos. De pronto, apareció el juez en el estrado.

Bekargyll alzó los brazos pidiendo silencio. El griterío que había acogido su llegada se acalló rápidamente.

—Amigos todos —gritó el juez—. Os prometo humildemente mis más sinceras excusas. Antes de pronunciar mi discurso deseo conseguir vuestro perdón, aun a sabiendas de que no tengo la culpa de que mis enemigos políticos hayan tratado de jugarme una mala pasada.

»Mis adversarios desconocen lo que es juego limpio y por eso realizaron un sabotaje...

—No fue sabotaje —tronó alguien de repente—. Lo hicimos a conciencia, juez, y de este modo evitamos que cuarenta mil personas fueran sometidas a la acción de una droga perniciosa, que habría influido en sus mentes para aceptar su candidatura sin la menor oposición.

* * *

Las palabras del recién llegado causaron una profunda impresión en el auditorio. Bakergyll contempló con ojos de asombro la maciza figura de De Forest.

El contraste entre los dos hombres era evidente: Bekargyll superaba en estatura al vicepresidente del banco; era, además, delgado, de rostro con pómulos angulosos y nariz aguileña. El pelo, sin embargo, era completamente negro. No había en él una sola cana.

Pero en los ojos del juez brillaba la llama de una ambición infinita. De pronto hizo un además.

Vtarr y Nillmo se adelantaron en el acto. De Forest extendió su mano derecha.

—¡Quietos ahí! —rugió.

La voz de De Forest sonaba con tonos imperativos, contundentes. Era imposible desobedecer una orden emitida con plena autoridad.

Los policías se detuvieron en el acto. Vtarr consultó a Bekargyll con la mirada.

El juez se sonrió y se encogió de hombros.

—No quiero que digan de mí que no sé escuchar a un adversario, aunque creo que yo debiera haber hablado en primer lugar —dijo—. Señor De Forest, al menos debería haber tenido la cortesía de permitirme pronunciar mi discurso. Luego, si lo deseaba, podría rebatir mis argumentos...

—Usted no tiene derecho a hablar —contestó De Forest—. Lo único que le queda a usted por hacer es ir a la cárcel.

—¡Ese hombre está loco! —gritó el juez.

—Escúchenme todos —tronó de Forest—. Muchos de los presentes estuvieron hace días en un banquete. Todos se sintieron atraídos por el anfitrión, pero ninguno seguramente se ha preguntado por qué sentían tan enorme afecto hacia el juez. Lo diré claramente: el vino que se sirvió en la cena estaba drogado y este miserable se adueñó así de sus mentes... como habría hecho ahora, de no haber estropeado nosotros los refrescos que se iban a servir a todos los asistentes a esta reunión.

— Lo que dice usted es muy grave —respondió Bekargyll—. Tendrá que presentar pruebas de sus afirmaciones o, de lo contrario, lo demandaré por calumnias.

—Juez, ¿le parece bien que hablemos de lo que pasa en Maxfel?

El rostro de Bekargyll se puso blanco instantáneamente.

Las cámaras de televisión recogían los menores detalles del crudo diálogo que se desarrollaba entre los dos hombres. Bekargyll lo advirtió y supo así que millones de personas estaban escuchando a De Forest.

El vicepresidente del banco habló durante algunos minutos, explicando

sucintamente lo que sucedía en Maxfel. El silencio en el auditorio era total.

Cuando terminó, Bekargyll dio un paso hacia adelante.

—Es una bonita historia, un cuento lacrimógeno, pero absolutamente incierto. Si he enviado alguien a Maxfel ha sido en cumplimiento de mi deber y no por placer, precisamente. La pena de destierro en un planeta infinitamente mejor que el nuestro no es tan grave como se cree. Mi padre estuvo allí y...

—¡Alto! —gritó De Forest—. No siga, no nos cuente la lacrimógena historia de su padre, porque usted no es el hijo del hombre que descubrió Maxfel, sino el capitán de la nave que perdió a once tripulantes en aquel planeta. Su hijo murió hace dieciocho años, y desde entonces está usted ocupando su puesto, mediante una impostura que nadie ha sido capaz de descubrir hasta ahora.

* * *

Los ojos de Bekargyll eran dos brazas que despedían fulgores asesinos. En la explanada reinaba un, silencio profundísimo.

Había una expectación absoluta. Todos sabían que De Forest no iba a lanzar una acusación semejante sin sólidas pruebas que lo corroborasen.

—Hace dieciocho años, después de su regreso de Maxfel, usted fue de excursión con su hijo George. Era un joven emprendedor y honesto. A petición propia había formado parte de la comisión de encuesta que juzgó su actuación en aquel viaje.

»George —continuó De Forest— llegó a averiguar la verdad, aunque como usted era su padre no se atrevió a divulgarlo. Pero en aquella ocasión le habló con toda claridad y le expresó su disgusto por lo ocurrido.

»No se sabrá nunca, y yo voy a creer que no quiso matar a su propio

hijo, pero George se ahogó en el lago donde pescaban en un bote. Eran muy parecidos físicamente y usted decidió ocupar su puesto.

»E1 doctor Garwick, que había formado parte de la expedición y cuya negligencia fue en gran parte causante de la muerte de once personas, accedió a la impostura. Le internó en su clínica y le "arregló" el rostro. El cadáver que encontraron semanas más tarde en el lago estaba irreconocible, devorado por los peces. Todo el mundo creyó que el auténtico Bekargyll había muerto; y de este modo, el supuesto hijo, libre de toda culpa, pudo escalar puestos cada vez más altos, hasta llegar al lugar que hoy ocupa.

—Ha formulado usted unas acusaciones muy graves —dijo Bekargyll —. Deberá probar todo lo que ha dicho o atenerse a las consecuencias.

—Basta mirar a su cara para saber que todo cuanto he dicho es cierto. Pero no se puede probar una acusación sólo por la expresión de un rostro humano. Podemos hacer que se examinen los archivos del doctor Garwick, el médico que después del viaje a Maxfel juzgó que la medicina espacial no era para él y prefirió dedicarse a la cirugía estética. Allí veremos fotografías suyas, «antes» y «después» de la transformación que le hizo mediante el bisturí. Naturalmente, un hombre con su pasado, aunque le hubiesen declarado no culpable, no podía dedicarse a la política; habría sido un lastre demasiado pesado para poder conseguir el triunfo.

»Pero el hijo era persona intachable, a la que no se-podía formular el menor cargo. Por eso el "muerto" fue el padre... ;el mismo hombre que hoy está aquí, sosteniendo una impostura que ninguna persona decente puede admitir!

Murmullos de reprobación se elevaron de la masa de espectadores. Bekargyll comprendió que tenía la partida perdida.

—Pero el doctor Garwick —añadió De Forest tras una corta pausa— cometió un error, y usted no se lo señaló en el momento apropiado. La cicatriz de dos centímetros que tiene usted en el brazo izquierdo, cerca del hombro, se la hizo cuando tenía unos veinticinco años. Todavía

hay quien la recuerda muy bien, juez. ¿Quiere que se acerque esa persona, para demostrar que no miento?

Mattie Quirlin dio un paso hacia adelante. Bekargyll la vio y su rostro se convulsionó por él furor.

De Forest le señaló con el dedo.

— Ya no habrá más destierros a Maxfel. A partir de ahora no será un delito pensar de forma distinta al que manda. Usted, juez, ni nadie podrán ya condenar a una horrible muerte a los que tienen ideas distintas a las suyas —tronó—. ¡Porque todo el que va a Maxfel puede morir y son muy pocos los que se salvan!

En aquel instante un hombre pareció perder la razón.

Vtarr se dio cuenta de que, derrotado el juez, él también estaba vencido. En pocos momentos sus sueños de grandeza se habían evaporado, convertidos en nada.

Para Vtarr había un culpable de todo y debía pagarlo. Bruscamente, sacó la pistola térmica y apuntó al joven.

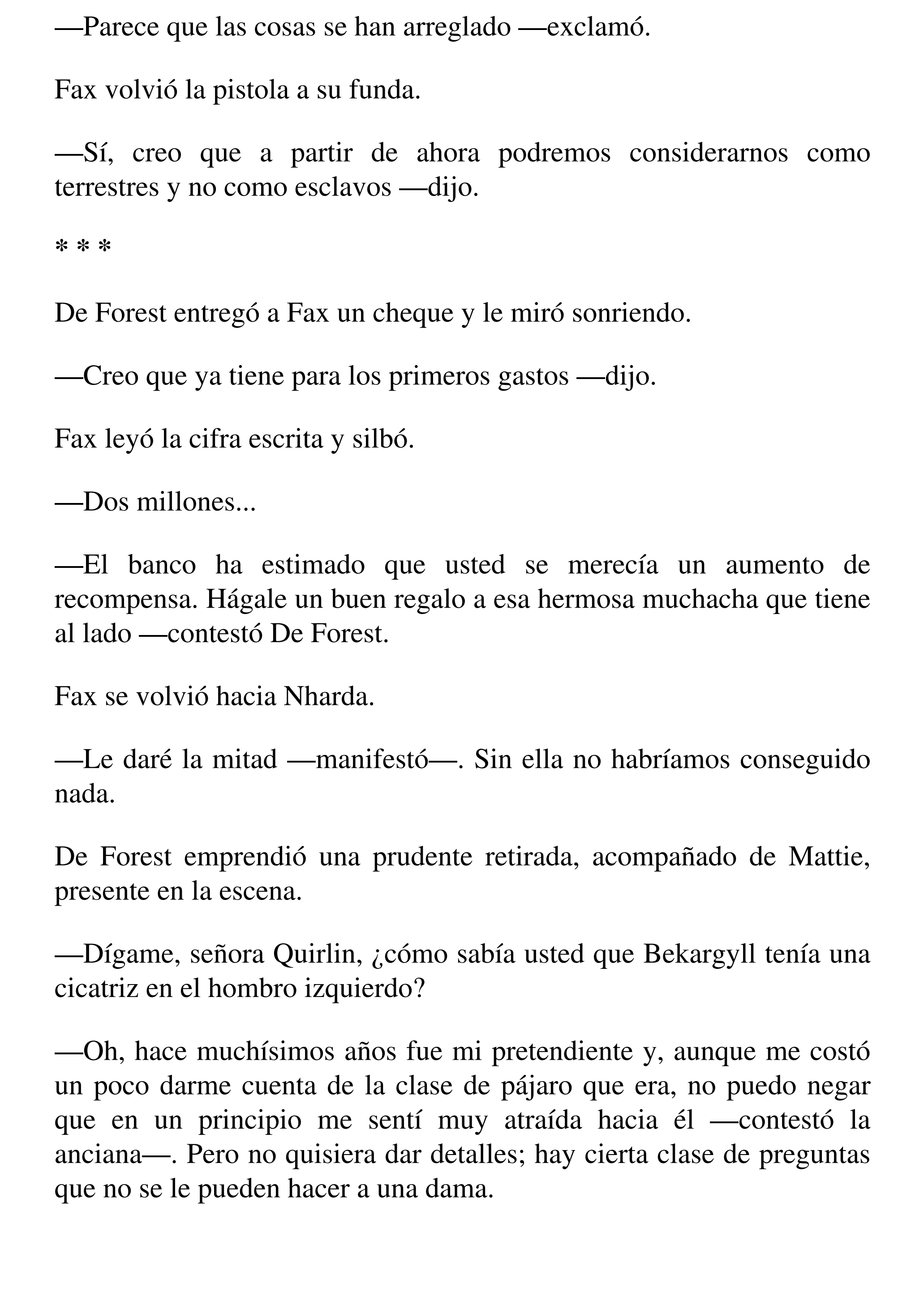
De Forest captó el gesto y le propinó un terrible empellón, a la vez que salía la descarga.

La mano de Vtarr se desvió. Bekargyll lanzó un horrible alarido al sentirse atravesado por aquel dardo de fuego a más de tres mil grados de temperatura.

El juez se desplomó, pataleando espasmódicamente. Durante unos segundos, Vtarr, aturdido, no supo qué hacer.

Fax sacó la psicopistola y le disparó una descarga paralizante.

—Te juzgarán por esa muerte y por todas las que has cometido —dijo ceñudamente, mientras contemplaba al sujeto, convertido momentáneamente en una estatua.



Nharda dejó escapar un largo suspiro.

—Parece que las cosas se han arreglado —exclamó.

Fax volvió la pistola a su funda.

—Sí, creo que a partir de ahora podremos considerarnos como terrestres y no como esclavos —dijo.

* * *

De Forest entregó a Fax un cheque y le miró sonriendo.

—Creo que ya tiene para los primeros gastos —dijo.

Fax leyó la cifra escrita y silbó.

—Dos millones...

—El banco ha estimado que usted se merecía un aumento de recompensa. Hágale un buen regalo a esa hermosa muchacha que tiene al lado —contestó De Forest.

Fax se volvió hacia Nharda.

—Le daré la mitad —manifestó—. Sin ella no habríamos conseguido nada.

De Forest emprendió una prudente retirada, acompañado de Mattie, presente en la escena.

—Dígame, señora Quirlin, ¿cómo sabía usted que Bekargyll tenía una cicatriz en el hombro izquierdo?

—Oh, hace muchísimos años fue mi pretendiente y, aunque me costó un poco darme cuenta de la clase de pájaro que era, no puedo negar que en un principio me sentí muy atraída hacia él —contestó la anciana—. Pero no quisiera dar detalles; hay cierta clase de preguntas que no se le pueden hacer a una dama.

El vicepresidente del banco se echó a reír.

—Me basta con lo que he oído —contestó.

Fax y Nharda quedaron a solas. El joven se abanicó con el cheque.

—Hay muchas cosas buenas en la Tierra. Puedes comprar todo lo que te apetezca.

—¿Puedo comprarte a ti?

Fax respingó ligeramente. Luego sonrió.

—A mí me compras contigo como moneda —respondió, a la vez que rodeaba su cintura con los brazos—. Y me tendrás para siempre..., es decir, si las leyes de Baryl no impiden el matrimonio de una nativa con un terrestre.

—No sólo no lo prohíben, sino que lo recomiendan. Conviene, aunque será muy largo, que las distintas razas se mezclen entre sí. Hablo de razas, entendiendo simplemente a los nativos de un planeta, porque en realidad sólo hay una: la raza humana.

—Lo cual significa que no somos terrestres ni barylitas.

—Sólo ciudadanos de la Galaxia, Brooke.

—Sí, es cierto. Oye, y hablando de otra cosa, ¿puedo saber al fin para qué venías a la Tierra?

Nharda sonrió maliciosamente.

—¿No te reirás de mí si te lo digo?

Fax alzó la mano derecha con gesto solemne.

—No me reiré de ti —prometió.

—Está bien. Yo vine a la Tierra en busca de... Bueno, también para

aprender algo que en Baryl se puede decir que no existe.

—¿Con todas esas maravillas técnicas que me has hecho conocer... y no hay en Baryl algo que tenemos en la Tierra? ¿Qué es, Nharda?

—Modas, Brooke.

Fax se quedó inmóvil un momento. Luego elevó sus ojos hacia el techo.

—Modas —repitió.

—Sí, estilos de vestidos, peinado, calzado, joyas... y también decoración. En eso, los terrestres sois maestros.

—También somos maestros en otro arte —dijo él.

—¿Qué arte, Brooke?

Fax pegó sus labios a la oreja de la muchacha y habló algo en voz muy baja. Ella se ruborizó primero y luego le dirigió una encantadora sonrisa.

—Eso tendrás que demostrarlo —exigió.

—Estoy dispuesto a demostrarte que los terrestres somos maestros en... el amar —respondió Fax, a la vez que buscaba ávidamente la boca de Nharda.

F I N